

—*Transatlántico.*

Periódico de arte, cultura y desarrollo del Centro Cultural Parque de España/AECID, Rosario, Argentina. Número 8, verano de 2009



Bajo la tierra, en Puerto Gaboto, están los restos del fuerte Sancti Spiritus, la primera población europea asentada en territorio argentino. Dados de hueso minúsculos, cuentas venecianas, fragmentos de cerámicas españolas sostienen el hallazgo arqueológico más importante de los últimos cincuenta años en el país. Y también dos historias: la de la ambición conquistadora del siglo XVI, y otra, menos estridente, la de las minuciosas excavaciones actuales.

De las colinas de plata, ni noticias

Andrés Conti

Conocí a los actores de una parte de la historia que les voy a contar un día de julio de 2009, recién levantados, mientras me preparaban un café con leche en una casa con pileta de agua estancada que alquilaban en Puerto Gaboto, a unos 60 kilómetros de Rosario. Los licenciados en Antropología Fabián Letieri, Gabriel Cocco y Guillermo Frittegotto, rodeados de más de una decena de estudiantes, vivían desde noviembre de 2008 en algo que —visto desde afuera— se parecía mucho a una tardía comunidad hippie. Una habitación con colchones en el piso, peñados contruidos en vertical a fuerza de carencia de baño y mucho pantalón Grafa color caqui reforzaban el prejuicio inicial.

Nada más alejado de la realidad: el trabajo comenzaba a la mañana bien temprano y no paraba hasta la caída del sol. Llegaban al sitio de las excavaciones, un terreno alambrado que hace las veces de patio exagerado de casa de pueblo, y con una cuchara removían la tierra con un cuidado exasperante, en busca de objetos muy chiquitos. Con baldes llevaban los cascotes de barro hasta un rincón y los pasaban por un tamiz. Así durante horas, días y meses.

Esos dados de hueso minúsculos, esas cuentas venecianas chamuscadas, esos pedacitos de cerámica vidriada española que no paraban de aparecer bajo la tierra eran las pruebas que faltaban para confirmar el principio de un descubrimiento. Una de esas tantas jornadas rutinarias, después de consultarlo con colegas y de convencerse a sí mismos, los excavadores tomaron una decisión: sí, este es el sitio donde están enterrados los restos del Fuerte Sancti Spiritus, la primera población europea en lo que hoy es el territorio argentino.

Desde ese día no puedo dejar de pensar lo siguiente: si la historia de Sancti Spiritus fuese una superproducción de Hollywood dirigida por Ridley Scott, el protagonista sería el héroe o villano trágico Sebastián Gaboto, también conocido como Sebastiano Caboto, o Sebastian Cabot, en italiano e inglés, respectivamente. A cargo de este personaje estaría el actor Edward Norton —puede ser Sean Penn, como opción— y el argumento se basaría en los juicios sumarios que, a partir de 1530, el navegante tuvo que enfrentar de regreso a España, tras su fracasada expedición por el Nuevo Mundo.

En medio de escenas tribunales de escaso rigor histórico, ambientadas en castillos medievales con ventanales a contraluz, se sucederían los flashbacks del viaje por América del Sur, disparados por los relatos de testigos de la expedición y filmados en escenarios naturales de Brasil o Venezuela. La narración, claro, comenzaría por el fiasco del regreso a la Madre Patria con el rabo entre las piernas, y el final sería el inicio: el momento en que Gaboto tomó la decisión de ir por el oro y la plata del mítico Rey Blanco en lugar de obedecer a su rey de carne y hueso.

En cambio, si la historia del fuerte Sancti Spiritus, el primer hito de la apropiación etnocéntrica e imperialista de lo que posteriormente sería el territorio argentino, fuera un filme de factura nacional dirigido por Pino Solanas, contaría el cuento de una historiadora y tres arqueólogos santafesinos que, a fuerza de años de investigación, magros presupuestos estatales, la colaboración de estudiantes ad honorem y mucha fuerza de voluntad descubren, en 2009, el sitio en el que están enterrados los restos de esa primera población. Como consecuencia, son los responsables del que tal vez sea el hallazgo arqueológico más importante de los últimos cincuenta años en este país.

El argumento, en este caso, estaría centrado en cómo esa experiencia original de contacto entre europeos y pueblos originarios —que terminó con los locales corriendo a los visitantes y prendiendo fuego a la incipiente aldea ya hartos de los reiterados maltratos de Gaboto y sus subordinados— fue un precedente de la futura relación entre ambos, y evolucionó de manera trágica y sangrienta para quienes ganaron esa primera batalla.

Seguro uno de los antropólogos sería interpretado por Miguel Ángel Solá, la película se filmaría entre Rosario y Puerto Gaboto, y la plata no daría para muchas escenas de recreaciones históricas. Un plano secuencial memorable registraría las cenizas del fuerte y de las chozas españolas, y terminaría en el vaivén lento de las aguas marrones del Carcarañá.

Ambas producciones, la nacional y la de Hollywood, compartirían un interludio onírico con mucha máquina de humo en el que uno de los actores “sueña” la leyenda de la andaluza Lucía Miranda. Este cuento fue escrito por primera vez, en 1612, por un criollo nacido en Asunción del Paraguay llamado Ruy Díaz de Guzmán. Se trata del autor de lo que hoy se conoce como *La Argentina manuscrita*, una crónica poetizada de sucesos que van desde el descubrimiento del Río de la Plata hasta la fundación de Santa Fe. Sus páginas incluyen la primera mención del topónimo “Argentina” y la versión inaugural de una leyenda reescrita en novelas, poemas y obras de teatro cientos de veces, por todo el mundo. La historia es más o menos así: la andaluza Miranda llega a nuestras tierras junto su marido Sebastián Hurtado en la expedición de Gaboto. Ya en Sancti Spiritus el cacique timbú Mangoré, que se había hecho amigo de los blancos, se enamora de Lucía y trata de secuestrarla, pero muere en el intento. En venganza, pero también enamorado de la andaluza, viene Siripo, el hermano del cacique ultimado, quien finalmente la rapta y quema el fuerte y el poblado. Hurtado va al rescate de su esposa pero es atrapado por los indios. La mujer logra salvarlo bajo promesa de no hablarle ni mirarlo, pero al poco tiempo rompe ese juramento insostenible. Siripo la manda a la hoguera, mientras los aborígenes matan al esposo a flechazos. Fin.

El tema fue tratado a lo largo de los tiempos —como bien lo consigna Daniel Attala en un artículo del diario *Rosario/12*, del 23 de julio pasado— por autores como Manuel de Lavardén, Esteban Echeverría, Eduarda Mansilla, Rosa Guerra, Celestina Funes, Alejandro Magariño Cervantes, Hugo Wast y Juan José Saer. Algunos ven ecos de esta historia en *La tempestad*, de Shakespeare y, si uno lee con detenimiento y buena onda, la cuestión no resulta tan descabellada. Las licencias creativas de los directores Scott y Solanas, de todos modos, darían como resultado escenas muy parecidas, con actores diferentes, en medio de la misma nebulosa artificial.

Esta suerte de mito fundacional de la literatura criolla tiene una particularidad llamativa cuyas razones y consecuencias fueron analizadas en abundancia: la víctima es una mujer blanca, algo que en realidad es prácticamente imposible ya que no había mujeres en la expedición de Gaboto, ni en ninguna de las primeras incursiones europeas en América. Es decir, si la leyenda tiene algo de veracidad, es muy probable que la cautiva haya sido una aborigen, como sucedió en la mayor parte de la historia de la conquista europea de las tierras en las que hoy vivimos. “Sancti Spiritus”, entonces, se puede escribir en unas cuantas frases en las que se incluyen las palabras “primero”, “fundacional” y “origen”. Entre esas oraciones, hay que anotar la que ubica a ese pueblito a media hora de auto de Rosario como el territorio fantástico en el que la literatura rioplatense prendió por primera vez su máquina de humo.

Superproducción de Hollywood

Si yo fuera un guionista yanqui estaría escribiendo ya mismo, en este instante, la historia de Sebastian Cabot, hijo de John (Giovanni) y Mattea, nacido en 1476 y muerto en 1557.

Gaboto fue un aventurero insaciable que descubrió lugares inexplorados en Sudamérica y los mares del norte europeo, alternativamente al servicio de Inglaterra y España, cuando todavía existían muchos creyentes en un mundo plano sostenido por elefantes y tortugas gigantes. Fue además un cartógrafo excelente con escasa habilidad para la navegación, juzgado y perdonado por perseguir el brillo del oro y la plata en contra de las órdenes reales y causando la muerte de decenas de sus subordinados. Y fue alguien que, ante los honorables jueces, no dudó en acusar a su lugarteniente de ser el responsable de su mayor fracaso.

El tema es que no soy un guionista yanqui, y lo que les voy a contar a continuación es lo que aprendí en estos últimos meses sobre la vida de Sebastián Gaboto (o Caboto, como les guste), gracias a los libros, la web y la ayuda de gente mucho más informada que yo sobre este tópico.

Nuestro héroe trágico, de acuerdo al inglés Richard Dean, aseguraba haber nacido en Bristol, puerto al sur de Gran Bretaña, y haber sido trasladado a Venecia por su familia a los cuatro años de edad. Por el contrario, el por entonces embajador veneciano en la corte inglesa, Gasparo Contarini, anotó en su diario que Gaboto había declarado como lugar de nacimiento a la ciudad italiana de los canales, y que su educación posterior fue en suelo británico.

Estas contradicciones se pueden explicar mejor si introducimos al personaje del padre de Sebastián, Giovanni —mejor conocido como John, veneciano por adopción pero de origen discutido— que para los historiadores anglosajones fue el segundo europeo en pisar América del Norte, en 1497, casi medio siglo después que los exploradores vikingos a los que hoy se atribuye el desembarco original. Es bastante probable que el joven Sebastián haya viajado en uno de los bar-



cos que llegaron a la costa septentrional de nuestro continente y que su padre capitaneaba por cuenta y orden de la Corona Británica.

Por esos tiempos los italianos habían perdido hace rato la vocación imperialista y se ponían al servicio del mejor postor para brindar su experiencia en cartografía y navegación. Eso fue lo que hizo Gaboto hijo durante su vida entera: brindarle su trabajo al que pagara más. Fue dibujante de mapas y navegante para Inglaterra, después piloto al servicio de España, más tarde regresó a Inglaterra y otra vez de vuelta a España. Ya siendo oficial de la Corona hispánica, en 1522, saltó el chisme que lo acusaba de ofrecer en secreto a los gobernantes venecianos una expedición para encontrar el ansiado paso noroeste hacia China.

Lo cierto es que al poco tiempo fue nombrado capitán general de la marina española y zarpó desde San Lúcar de Barrameda, provincia de Cádiz, el 3 de abril de 1526, al mando de cuatro barcos y unos 200 marineros de distintas nacionalidades. Sus órdenes eran encontrar una nueva ruta especiera a las islas Molucas, en el océano Pacífico, siguiendo las exploraciones de Fernando de Magallanes y Juan Elcano, que lo llevarían a dar una segunda vuelta al mundo. Al llegar a la costa de

Brasil es cuando la cosa se puso interesante.

La mayor parte que se conoce en la actualidad sobre lo que sucedió entre el momento en que Gaboto se olvida del propósito real de su viaje y cambia su curso para terminar en el paraje santafesino 60 kilómetros al norte de Rosario que hoy lleva su nombre se debe a documentos judiciales. Es que, tras la fallida expedición, el capitán general y sus subordinados se trenzaron en una serie de juicios por desobediencia, responsabilidades y reclamos salariales que permitieron reconstruir con bastante exactitud ese viaje accidentado. Toda esa información fue recopilada y analizada por la historiadora María Eugenia Astiz y Adriana Tomé en el texto “Localización y descripción de Sancti Spiritus (1527-1529)”, publicado en el número 12 de los *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, en 1987.

Se sabe entonces que al desembarcar en Brasil unos portugueses le comentaron a Gaboto la existencia de sobrevivientes de la expedición hispana anterior, al mando de Juan Díaz de Solís, que había descubierto el Río de la Plata en 1516 y encontró allí la muerte en manos de charrúas o guaraníes. Enrique Montes y Melchor Ramírez, de ellos se trataba, le llenaron velozmente la cabeza al capitán mayor con la cantinela del Rey Blanco, la Sierra del Plata, El Dorado, los tesoros y todas esas cosas que los conquistadores querían escuchar. Aunque no se sabe si alguna vez tuvo intención de cumplir al pie de la letra el plan oficial, es ahí cuando Gaboto ordenó abandonar la ruta de Magallanes y meterse en el río descubierto por Solís, en busca del paraíso prometido.

Las naves encontraron por el camino a otro salvado de la masacre que acabó con Solís, siguieron continente adentro remontando el Paraná y a fines del otoño de 1527 entraron en un río menor, que los locales llamaban Carcarañá. Francisco del Puerto, el último de los rescatados



en el trayecto, aseguraba erróneamente que ese curso de agua de nombre musical descendía directamente de la Sierra del Plata.

En la confluencia del Carcarañá con el Coronda, probablemente en junio de 1527, Gaboto fundó Sancti Spiritus para que sus hombres desaharan, se recuperaran de enfermedades varias, mataran el hambre terrible que traían y pasaran el invierno. Desde allí, pensaba, partirían las exploraciones siguientes.

Encontraron en el lugar distintas comunidades originarias con las que de entrada se llevaron muy bien. Los indígenas ayudaban con la comida, les enseñaron las virtudes del pez que los españoles bautizaron boga, y rápidamente comenzaron las relaciones entre tripulantes europeos y mujeres americanas. Al poco tiempo, algunas aborígenes convivían con los marinos e incluso se habrían celebrado casamientos. Otra hecho que entusiasmó a los recién radicados fue que el trigo y la cebada sembradas crecieron rápidamente, permitiendo un par de cosechas al año. Se puede decir, con muy poca irresponsabilidad, que en este lugar nació “el granero de la patria”.

Todo este panorama idílico se pudrió aproximadamente a los seis meses. Gaboto empezó a hacer incursiones río arriba en busca de la tierra prometida, dejando el poblado de veinte chozas diezmado. Esa fue una de las razones para construir el fuerte, pero no la principal. Las relaciones con los guaraníes —el grupo dominante en la zona— empeoraron a partir de la intervención de los europeos en el orden social y político de las tribus. Gaboto abofeteó a un cacique, mandó a acuchillar a un indio principal, quemó casas y tomó prisioneros a mujeres y niños. Incluso llegó a organizar una matanza de guaraníes, al mando de cuatro bergantines, cien españoles y otros tantos timbúes y caracaras. El maltrato y los castigos físicos a los aborígenes se hicieron

habituales.

Cuando llegó el verano Gaboto partió río arriba dejando al mando de la humilde fortaleza a su lugarteniente, Gregorio Caro. En abril de 1528 la incursión del capitán general de la armada española llegó por el río Paraguay hasta la boca del Bermejo, donde unos indígenas mataron a varios de los tripulantes atacándolos por sorpresa.

Gaboto decidió emprender el camino de regreso a Sancti Spiritus. Mientras tanto, Caro y los que quedaron en el fuerte recibieron una visita sorpresa: Diego García de Moguer, al mando de otra expedición rea, se encontró con este poblado de europeos que supuestamente no debían estar allí y reclamó para sí el dominio sobre estas tierras. De alguna manera el lugarteniente de Gaboto convenció a García de ir en ayuda del capitán general, río arriba. Cuando los dos jefes de expediciones se encontraron, Gaboto, de mayor rango, logró imponerse y juntos siguieron las incursiones en el sistema fluvial del Paraná. Entraron en el Pilcomayo, fueron y vinieron. Pero de las montañas de plata, ni noticias.

En septiembre de 1529 Gaboto, García y la mayoría de sus hombres estaban Paraná arriba, preparándose para nuevas exploraciones, cuando los guaraníes atacaron el fuerte por sorpresa. Tras un tibio intento de defensa, unos pocos lograron subir a un bergantín y escapar. Los atacantes quemaron el fuerte, las chozas y acabaron con la vida de todos los cristianos que quedaron en tierra. Gregorio Caro fue uno de los que logró escapar en la nave y fue a buscar a sus jefes. Cuando los encontró, todos regresaron lo más rápido posible a Sancti Spiritus. Al llegar sólo quedaban los restos quemados de las chozas y el fuerte, junto a decenas de cadáveres mutilados. Entre las tribus se corrió la voz y persiguieron a los barcos en su huída a los flechazos, sin dejarles tocar tierra hasta la salida propiamente dicha de la cuenca del Plata.



Paraná Ra'anga

En el derrotero de Ulrico Schmidl: Fuerte Sancti Spiritu

Nuevo Mundo no es un lugar geográfico, es una construcción social producto del encuentro de distintas culturas en un espacio distinto. En esas primeras experiencias de convivencia está el germen de lo que hoy es nuestra sociedad”, asegura. En fin, podemos convenir que Sebastián Gaboto fue, por lo menos, uno de los primeros albañiles de esa construcción de convivencia entre aborígenes y europeos en suelo argentino. Y que el edificio se le derrumbó rápidamente.

Astiz se basó en los mapas antiguos más difundidos, bibliografía, documentos varios y, sobre todo, en dos materiales imprescindibles. El primero de ellos es un libro monumental de nombre también monumental: *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España y especialmente de su proyectado viaje á las Molucas por el estrecho de Magallanes y al reconocimiento de la costa del continente hasta la gobernación de Pedrarias Dávila*. Su autor es José Toribio Medina, un chileno



La única decisión que quedaba era volver a España. En agosto de 1530 Gaboto y no más de treinta hombres —de los casi 200 que habían zarpado cuatro años antes— arribaron a la península ibérica con muy pocos tesoros que ofrecer: algunas llamas, una pocas placas de metales preciosos y, quizás, un par de aborígenes para exhibir. Los tribunales reales lo condenaron primero a un exilio definitivo en Orán, Argelia, pero el rey Carlos I —vaya uno a saber por qué— lo perdonó y lo mantuvo como piloto mayor de su armada hasta 1547. Luego volvió a Inglaterra, para ponerse a las órdenes de Eduardo VI. Murió en 1557, tras fundar la Compañía de Aventureros Mercantes de Moscú, que estableció una nueva ruta de comercio entre Gran Bretaña y Rusia por el océano Ártico.

Cine nacional y popular

Lo que les voy a contar a partir de ahora no me lo relató ningún intermediario, ni lo leí en Wikipedia, sino que lo vi con mis propios ojos y lo escuché de boca de sus protagonistas. Primero fue en un día soleado de julio en Puerto Gaboto, después un amanecer helado en una oficina pública sin estufas y finalmente una mañana de agosto en el Museo Histórico Julio Marc, en el parque Independencia de Rosario.

En su segundo intento financiado por el Consejo Federal de Inversiones (CFI) —el primero fue de septiembre de 2006 a marzo de 2007— el grupo de investigadores encabezado por Frittegotto, Cocco y Letieri terminó por convencerse, a fines junio de 2009, que habían encontrado la punta de lo que buscaban. Muchos trozos de cerámica vidriada de origen europeo que corresponde a la época del fuerte Sancti Spiritus, cuentas de colores venecianas de las que se usaban para el intercambio con los aborígenes, dados de hueso y otras miniaturas similares halladas en un mismo lugar fueron la primera prueba. También se puede ver, a menos de un metro de profundidad en una de las trincheras cavadas, una anomalía en el suelo que responde a las características de un antiguo muro. Aparecieron además restos óseos humanos que aún no fueron datados.

El lugar físico de estos hallazgos es un patio enorme en donde dos ovejas cortan el pasto. Para encontrarlo, una experta en topografía identificó, a partir de anomalías significativas en fotos aéreas, distintas zonas que merecían ser excavadas. Después, geólogos y geofísicos utilizaron un georadar para “peinar” esos sectores y descubrir en las borrosas imágenes unas manchas que ellos leen como potenciales hallazgos. Los investigadores también prestaron mucha atención a lo que los lugareños tenían para decir. De hecho, uno de ellos les señaló el lugar donde hicieron los descubrimientos.

Antes que a los geólogos, los geofísicos y los lugareños, los arqueólogos recurrieron a la historiadora Astiz, que dedicó una buena parte su vida a tratar de explicar las razones que hicieron que Gaboto fundara Sancti Spiritus en la confluencia de los ríos Carcarañá y Coronda, el por qué del abrupto final de esa población y, más que nada, definir la localización exacta de ese primer emplazamiento europeo en nuestro territorio.

¿Por qué es tan importante para esta historiadora tener respuestas a esos interrogantes? Ella piensa como la arqueóloga estadounidense Kathleen Deagan, la descubridora del primer asentamiento europeo en el continente americano. “El

que a fines del siglo XIX se copió a mano unas modestas 17.799 páginas del Archivo General de Indias, en Sevilla, y con ellas construyó una bibliografía profusa. Por suerte para nuestra historiadora, hay un solitario y relativamente accesible ejemplar del texto de Medina en la biblioteca de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR.

¿Qué hay en esas páginas amarillentas editadas en 1908? Más que nada las probanzas y autos de los juicios en los que Gaboto y sus tripulantes sobrevivientes se vieron metidos al regreso a España por haber desobedecido la orden real y por volver sin oro y sin plata. La historia de la fallida expedición puede leerse entonces como un expediente tribunalicio, con acusaciones cruzadas y testimonios tratando de deslindar responsabilidades.

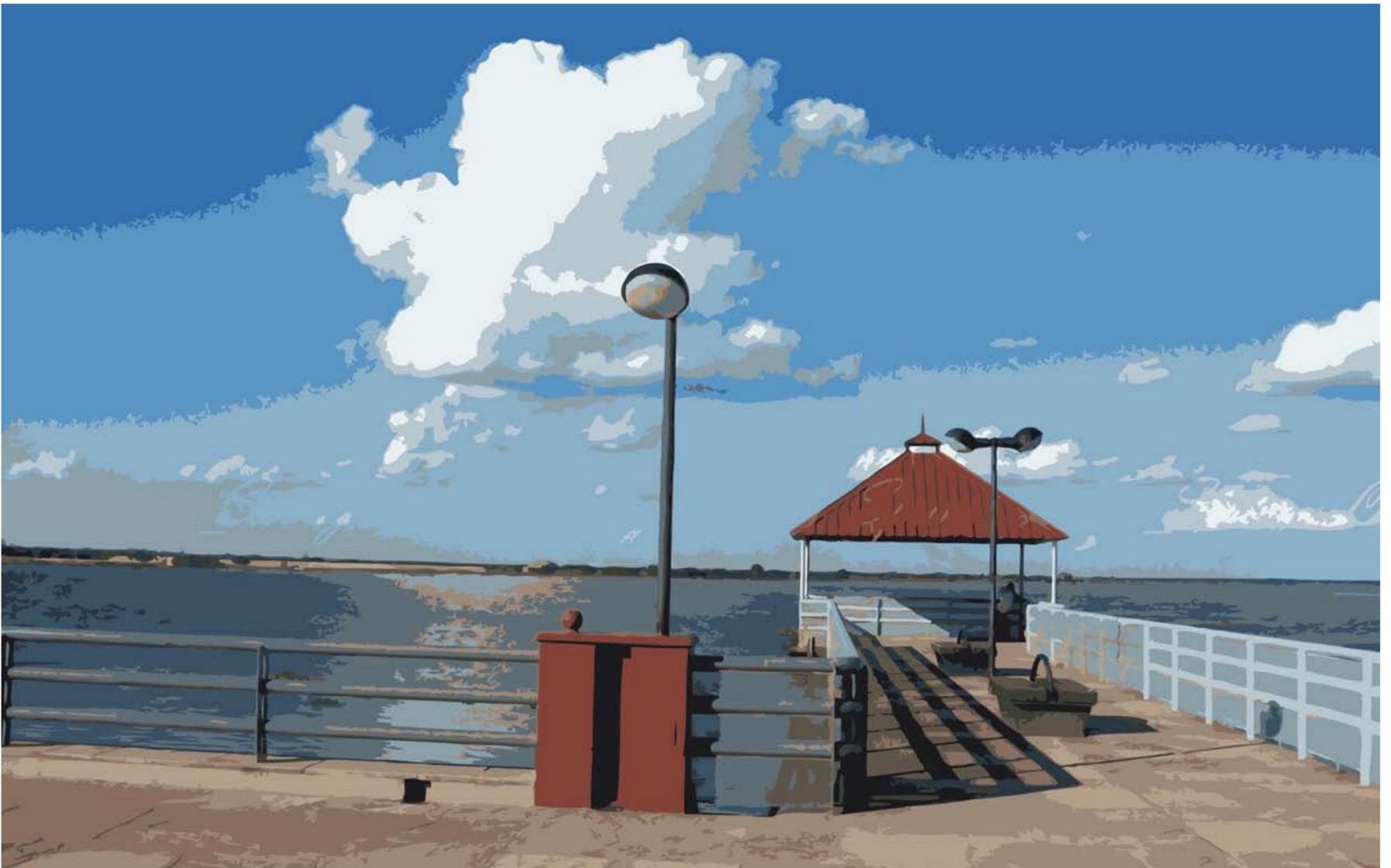
El segundo de los materiales indispensables para entender las decisiones del capitán general es un documento extraoficial: la carta que el tripulante Luis Ramírez le envió a su padre, fechada el 10 de julio de 1528 en el puerto de San Salvador, en lo que hoy es la provincia de Entre Ríos. Es la única carta que logró pasar la vigilancia de Gaboto en el barco que él envió a España, a mitad de la expedición, solicitando ayuda. Gracias a esta carta, Sancti Spiritus y el Carcarañá ya figuran en el mapamundi de Diego de Ribeiro, dibujado en 1529. La crónica de Ramírez, como muchas de la época, está repleta de cuentos fantásticos sobre lugares rebosantes de metales preciosos y aborígenes con pies de avestruces que corren más rápido que sus presas. El relato de la expedición, aun sin su frustrado desenlace, puede leerse en este texto como una fábula de hombres valientes persiguiendo el sueño de un paraíso en la tierra. Allí se escriben por primera vez palabras como “Paraná”, “Carcarañá” y “guaraní”, entre otras.

Los aportes a la historia de estos dos documentos son muchísimos y de gran valor, pero no son nada específicos al hablar de la localización de la aldea y del fuerte, y menos de sus características: sólo que tenía dos baluartes, muros de tapia, un cubo que funcionaba como despensa, la habitación de Gaboto, un recinto para tareas administrativas y otro para los instrumentos de medición del tiempo.

El resto, mucho, es lo que queda por averiguar. Para eso, los antropólogos y sus estudiantes trabajan hoy en una pequeña mesita con dos veladores en el Museo Histórico Provincial Julio Marc, rodeada de estanterías que amontonan objetos de valor arqueológico junto a cafeteras viejas. Estudiando cada resto de cerámica encontrado, inventariando y archivando, avanzan en una tarea de laboratorio que llevará meses y que, quizás, no termine nunca. Mientras tanto escriben los reportes de la investigación con la esperanza cercana y factible de obtener los fondos del Consejo Federal de Inversiones necesarios para terminar lo que comenzaron. Bajo la tierra, en Puerto Gaboto, está la primera población europea asentada en territorio argentino y es hora de desenterrarla.

El autor nació en Rosario en 1973. Es periodista y editor de la revista *Atypica*. Trabajó en el diario *El Ciudadano de Rosario* durante diez años y forma parte de proyectos cooperativos como *El Eslabón* y *Redacción Rosario* (<http://redaccionrosario.com>). Hoy integra el equipo que produce programas de TV para el proyecto *Señal Santa Fe* y colabora en distintos medios gráficos.





La tierra Formosa

Quizá se viaje más para escuchar que para ver. Al menos esa parece ser la idea dominante de los relatos que saben armonizar las voces autóctonas con natural eficacia. La voz de las dos señoras que hablan guaraní, del historiador, la profesora, el remisero, el muchachito, la pobladora antigua de la comunidad toba, el monseñor. En la conversación, la viajera precisa los alcances de un tono singular e irrepetible, en el que, sin embargo, vibran los rasgos fundantes de la comunidad.

Hebe Uhart

El primer día que llegué me fui caminando al puerto, como treinta cuadras. Formosa está sobre el río Paraguay que es tranquilo y grisado. La quietud abarca a las pequeñas barcas y a un gran carguero con containers; parecían un caserío dentro del río, y la estatua que está en la costa —quiere ser un colonizador— es como un integrante más del conjunto. A mi lado, dos señoras hablan en guaraní y se ríen mucho.

—No entiendo nada —digo

—Mejor —me dicen— es muy grosero.

Hay tanto espacio y bifurcaciones que uno quisiera ir a todos lados; el río se abre como en dos rutas, la calle que lo rodea, también; una va hacia el hotel y otra, al mercado de los paraguayos. Me siento en la terraza del gran hotel de turismo y compro un diario. Alcanzo a leer en éste una especie de suplemento literario con colaboración de los lectores. Una de ellos escribe una oda a sus anteojos por lo útiles que son. Termina “Anteojito, ¡yo te amo!” Prima un espíritu celebratorio y agradecido. Se anuncian los cumpleaños de los niños con leyendas tales como: “Gracias, reinita, por haber nacido”, “Nuestra vida se inundó de sol cuando naciste”.

El espacio que tengo ante mi vista es tan amplio como el tiempo que tarda el mozo en traerme un café y como el viento norte que me vuela el diario lejísimos en medio segundo. Es hora de ir a la exposición y venta de artesanías indígenas junto al río. Las artesanías; son unos productos de color claro, fresco, que evocan la limpieza de la gente de río; cucharas y utensilios de madera clara, canastos de sogas recién nacida, hermosas polleras de fibras vegetales. Junto a este mercado, está el llamado “De los paraguayos” (Los paraguayos están siempre presentes, como familiares de los formoseños y muchos de ellos son de la cercana población de Alberdi a la que se llega en lancha en 15 minutos). En contraste con el color claro de las artesanías del mercado indígena, este mercado es oscuro, sombrío y tiene algo del viejo mercado de Luque en Paraguay, donde uno

imagina que muchas generaciones han mercadeado bajo sus tolditos sombríos. Fuerte música de cumbia, venta de toda clase de cosas y de un yacaré gigante de pañolenci. Cerca, un supermercado: se llama “M’barete”.

A una cuadra y media de la costanera está la librería Lampagua. Es muy chica y muy activa. Su dueño, Braulio Sandoval, es historiador, poeta, profesor de la facultad, imprentero y hombre orquesta; saludador como tero. Me atiende en la vereda, junto a la calle, estamos sentados en dos sillitas enfrentadas. Me explica que Formosa se separa del Chaco tarde, en 1879, y recién se declara provincia en 1955. De modo que es una sociedad de constitución tardía; comenta que no hay apellidos ilustres, sus primeros pobladores fueron inmigrantes italianos, españoles, paraguayos, que después fueron ganaderos. Mucha mezcla de razas. Una explicación histórica, un saludito al transeúnte y una vuelta a la librería para ver cómo anda todo. —Ahí pasan dos bailarines —dice (se detienen y charlan con él). —Una periodista —les dice. Me distraigo. No sé si debo hacerles una nota a los bailarines, comentar el auge del rubro agropecuario o preguntarle a Braulio Sandoval, dada la frecuencia de sus saludos, si hay alguien que no conoce en la ciudad. Se mete en su librería y no lo veo más; me deja con un amigo que me da buena información histórica y tiene la ventaja de ser un hombre quieto.

A 11 kilómetros de la ciudad está el lote 68, donde hoy vive una comunidad toba. Hay una escuela grande, bien construida con su jardín de infantes. Yo quería ver una clase bilingüe dada por los maestros tobas, tienen también lo que llaman memas, algo así como intérpretes y a la vez conservadores de la lengua toba. Pero la directora no me dejó entrar porque no tenía autorización y me sugirió que volviera a Formosa a buscarla. Le pedí el nombre de algún poblador antiguo que conociera la historia del lugar pero aparentemente no había ninguno disponible. El chofer del remise que me llevó me aclara la situación:



Paraná Ra'anga

En el derrotero
de Ulrico Schmidt:
Formosa

como si fueran la verja de un patio de hotel, algo que remite a un pasado de pioneros, que han querido tener a toda costa, en poco tiempo, su catedral. Hay en un ala lateral un cuadro de virgen con niño; los dos tienen rasgos de persona actual y en la calle un mural que representa también a la virgen con niño en brazos: el niño bien podría estar en un aviso publicitario de pañales o de avena. El haz de luz que cae sobre la figura de Jesús es rosa por un lado y celeste en su opuesto. A la virgen patrona le ofrecen una serenata (también las dan con motivos de cumpleaños y festejos) y el obispo en persona ha escrito el texto del vía crucis al que consideran “El más largo del mundo”. El vía crucis recorre todos los departamentos de Formosa y el texto de cada estación se dedica a un sector de la sociedad (indios, pioneros, misioneros, etc.) pero cada estación está trabajada como un pequeño compendio de historia. Y la historia de Formosa remite a sangre, sudor y lágrimas, las dificultades para abrir los montes o instalar el ferrocarril fueron incontables. Se señala en el vía crucis particularmente el maltrato de los indios. Tengo una entrevista con monseñor Scozzina, que fue el creador de este vía crucis y autor de los textos. Es un anciano cauto, de ojos penetrantes. Le comento lo que vi y me contaron en la ciudad: La transformación de los últimos diez años, el asfalto, los planes de vivienda, el hospital de alta complejidad. Un poco maníaca y frívolamente quiero saber más sobre las serenatas a la virgen (no me animo a hablarle de las serenatas en general, pero me hubiera gustado). En fin, le cuento lo próspera que me parece la ciudad. Me mira fijamente y me dice:

—Pero en el interior hay mucha pobreza.

El imaginario

Trato de ver cómo son los formoseños a través de los murales y las esculturas. De entrada me parecieron dignas de atención por su mezcla de religión, patria y naturaleza. En un mural del puerto que representa una procesión con la virgen en andas, ésta tiene un halo que es como un cono invertido color marrón, muy contundente, sobre el halo, una cruz y detrás de la procesión una especie de negocio con un letrero “Kiosco”. La virgen lleva como banda la bandera argentina. Frente al poder judicial hay un grupo escultórico que representa a Laureano Maradona, una madre con sus niños en brazos. Maradona fue un médico abnegado, adorado por los indígenas, fue también maestro y naturalista. Llegó un día a Formosa, como de paso y se quedó cincuenta años. La figura de Maradona es enorme en relación a la de la madre; es la de un titán. Me parece que se trata de un mundo percibido como potencia; lo grande abarca tanto la extraordinaria labor social de Maradona, como los enormes yacarés de juguete que se venden y las fuerzas de la naturaleza. Arriba, una placa “El doctor Dios” (sic, como lo llamaban los indios).

La cárcel está en pleno centro de la ciudad; frente a ella, un curioso complejo escultórico. Un enorme globo terráqueo de color violeta suave con la región de América latina en amarillo fuerte. A ésta la cerca una enorme serpiente; más arriba, una figura de aspecto maligno y presidiendo todo, un águila. Pregunto a los transeúntes que vendría a representar o que quiso decir el autor. Nadie sabe, pero un gendarme de la cárcel me dice: “dicen que es el Apocalipsis”. Por suerte nadie se inquieta por la llegada del mismo.

Los chicos de la carrera de Letras de la universidad estatal publicaron una antología con cuentos y poesías. Se llama *Alquímico*. Está dedicada, en primer lugar, a Dios y luego, casi una hoja de dedicados. Más allá del valor literario de los textos (con citas de Borges, Lorca y San Agustín, entre otros), los textos revelan un mundo percibido como naturaleza violenta y en acción. Cito: “Se siente la caricia de los rechinantes goznes de la tierra en el cuello indefenso”, “La música del sol va en crescendo”, “Una torre crece como una flecha y se clava en la frente de Dios” y “En cada trazo de este norte desnudo, esta tierra de barro y de sangre”. Otro texto está directamente vinculado con el vía crucis. Barro, sangre y sacrificios sin fin, como los que menciona el obispo en el vía crucis, estación dedicada a la gente de viabilidad, que tenía que poner una y otra vez los

—Es que han venido muchos a contar cosas feas de Formosa.

Yo llevaba un bolso con pantalones, remeras, libros para los maestros y para los chicos (*Cuentos de la selva* de Horacio Quiroga que compré en la librería Lampagua), y por algún recoveco oculto de mi persona que me hace regalarle algo a quien me castiga, le dejé el contenido del bolso a esa directora esquivada. Con un bolso arrugado en las manos y sin saber qué hacer, fuimos con el fotógrafo a hablar con los memas fuera de la escuela, de parados. Uno de ellos, Walter, era alto y macizo como una torre. Me contaron que los chicos le dicen cuando les habla en toba “Vos no hablás bien” porque los padres querían que les enseñaran a hablar en castellano. “Pero ahora —dice— la gente se fue concientizando y conoce su esencia”. Me dieron el nombre de una pobladora antigua, la señora Teresa, y a su casa nos guió un muchachito. Todas las casas que vimos eran de material y de una de ellas salía música de reggaeton. Pregunto al muchachito:

—¿Te gusta el reggae?

—No, a mí me gusta la cumbia villera.

Llegamos a la casa de Teresa Rivero, de material, un poco deteriorada. Era organizadora de un comedor escolar y con toda gentileza puso tres sillas en el patio de tierra. Dijo: “Mi marido es García Raúl y yo Rivero Teresa (la anteposición del apellido debe tener que ver con el uso del nombre para hacer gestiones). Yo me capacité para hacer mediación, por ejemplo para acompañar a los ancianos que no saben castellano a la capital para hacer todo tipo de trámite. Mi hija es maestra especial de modalidad aborigen (va a echar una ojeada dentro de la casa y habla en toba ligero). Vine de Pirané a los quince años, nunca más volví. Allí comíamos ñandú frito o asado, había mucha miel. Cuando llegué acá, todos vivían en taperas de palma y cartón y mi marido García Raúl hizo la casa de material. Fuimos los primeros, porque él era albañil. Pero se ve que el intendente se avergonzó de las taperas

porque se veían desde la ruta y después hicieron todo de material. Yo trabajé siempre para la salita y para el comedor, y ahora le digo, a la salita le faltan medicamentos y no tenemos ambulancia propia (va hacia adentro y da unas indicaciones en toba). La preocupación mía es que nuestros hijos nuevos se están perdiendo la cultura, porque hay mucho alcohol y poxiran. Todo empieza en la canchita de fútbol, juntan de a monedas y empiezan a tomar. Nosotros no sabíamos lo que es sacar un chico de la comisaría, los blancos son los que enseñaron la droga”.

Le regalé el bolso vacío, hecho un guiñapo, y Teresa Rivero me regaló una canasta nueva y brillante, que hacen con vidrio.

La universidad

El día siguiente fui a la universidad estatal. Estaban en plena campaña política para elegir consejeros, delegados estudiantiles y dirigentes del centro de estudiantes. Un altavoz pasaba una música que me recordó a Ricky Maravilla. La letra era: “Ya llegan las elecciones, yo voto, voto feliz”. Y después por el altavoz: “Se puede, sumate”.

Me recibe muy bien la decana y me deriva a la directora de la carrera de Letras, la señora Mirta Pubiano; está interesada en el tema de la enseñanza bilingüe y me cuenta que en la universidad hay alumnos de origen indígena. Me cuenta: “Al principio fallábamos porque como la cosmovisión de ellos es diferente, no lográbamos resultados. Recurrimos a un antropólogo y mejoró la cosa. Por ejemplo, un tutor en la universidad lo es en un área específica, en las comunidades tienen un tutor que es global, un tutor para todos los aspectos de la vida. Y a los que hicieron el secundario en escuelas de modalidad aborigen, les costaba comprender por ejemplo ‘El árbol está en el jardín’ porque para ellos el árbol corresponde al bosque”. Añade: “Tampoco comprendíamos ciertas conductas, por ejemplo queríamos hacer hablar a todos los de un grupo y no uno

por los demás. Pero entre ellos es así, uno es el vocero. Y añadiría que entre los tobas los abuelos son más importantes que los padres”. La profesora me invitó para que fuera el día siguiente. Allí conversé con dos alumnos de Letras, uno de ellos Víctor, de la etnia toba. Víctor escribió una poesía en castellano y en toba, con epígrafes de Aristóteles y de Sartre; dudó mucho antes de dármela, me miraba con sus grandes ojos oscuros y revolvía dentro de su cartera como si se tomara un tiempo para decidir. Me contó que escribía un diario de su vida desde los 11 años hasta hace poco; “Es que soy muy desordenado”, dijo y sonrió por primera vez. Lo que más le impactó en su vida fueron los cuentos de su abuela y la llegada a la ciudad. Pero no teníamos el diario y a cambio la profesora me dio una carta abierta de los estudiantes de la facultad de la etnia wichi (2003) donde entre otras cosas dicen: “Durante los primeros días de clase nos sentimos atemorizados por la enseñanza de un nivel muy diferente al acostumbrado por nosotros. Aún nos cuesta comprender muchas cosas. Aunque tengamos dificultades diarias, como cuando algunos profesores llegan muy tarde a clase y se retiran muy temprano y durante la clase hablan sin parar y nadie les puede hacer preguntas porque se enojan y quieren que haya pocos alumnos o también cuando nos sentimos muy solos sentados en el fondo del curso”.

El otro chico, Nicolás me regaló una antología de cuentos y poesías donde él estaba, me cantó loas a la profesora Mirta y me acompañó a la Terminal de micros, que está cerca de la universidad.

La catedral

La catedral también es espaciosa, como todo en esta ciudad; tiene muy pocas imágenes, un altar con un mantel floreado, sencillo y una silla lateral de homilía de madera que parece de palo santo. Hay un aire campestre en esa madera sin lustrar, y en unos balconcitos

¿Guarda la televisión alguna vigencia para la creación de espacios de comunicación?, ¿sigue siendo un medio de privilegio para cartografiar los sentidos del presente?, ¿traspasará en otras versiones de sí misma las vertiginosas transformaciones tecnológicas, convertida entonces en una señal audiovisual flexible? Todas estas preguntas tienen hoy la eficacia de explorar las funciones aún latentes del último dispositivo moderno.

Cecilia Vallina

¿Qué hicimos con la televisión que estamos por descartarla, tirarla entre los trastos y convertirla en una más de las pantallas que nos rodean y rodearán vertiginosamente en el futuro? ¿Pero, qué vamos a dar por terminado? ¿El aparato físico que los últimos moderno acomodamos en el living (aun anoticiados de que ella dejará de existir tal como la estamos viendo en este mismo momento), o un sistema de producción centralizado que, incluso un canal de televisión estatal que piensa en términos de lenguaje y comunicación, como Encuentro, postula en uno de sus lemas “uno para todos”, o los términos de una relación que empezó por considerar que las audiencias eran manipulables a voluntad para luego reconocerles que podían decodificar sentidos distintos a los deseados por el emisor y, por fin, que podían producir sus propias imágenes, sus propios discursos?

Si desde hace más de cincuenta años, TV mediante, nuestro imaginario se expandió a una velocidad antes impensada y de pronto empezamos a compartir un flujo de imágenes que ya nunca se detuvo, el nuevo entorno tecnológico nos interroga ahora sobre las posibilidades de explorar las funciones latentes de ese dispositivo y preguntarnos si detrás de su fragmentación en interfaces, pantallas e, incluso, en nuevos usos de sí misma, la televisión, convertida ahora en una señal audiovisual flexible, puede construir sentido a nuestro alrededor. Si el espacio se achicó y hoy estamos más cerca, más conectados y podemos desplazarnos por los flujos visuales como semionautas del sentido, nos queda preguntar si el formato televisión, la última explosión de sentido de la modernidad, guar-

mundos y, lo que es más importante aún, para “construir mundos nuevos”.

La pregunta podría ser, entonces, ¿cómo configurar mapas de sentido a partir de los contenidos que circulan en los flujos, es decir, cómo crear espacios heterogéneos que agrupan lo diverso, lo producido en los distintos puntos de la red social, medios mutantes que hilvanan, en el tejido de la semiosis social, las pistas de la época?. Quizás, para delinear esos mapas efímeros sea necesario comenzar por distinguir en el diccionario de las tecnologías de la comunicación aquellos términos que refieren a los procedimientos técnicos; dis-

“medio”, más allá de decretar su fin como el ente organizador de las representaciones hegemónicas de la realidad, sean estas cuales fueran? Quizás sería atractivo pensar en el devenir que han tenido los museos en su paso del siglo XIX al XX, de ser un espacio privilegiado donde atesorar y resguardar los objetos que hablan del pasado o donde exponer las obras que otorgan prestigio en el presente han pasado a ser un entorno en el cual circulan y se ponen en discusión los discursos, se reponen las disputas, donde se recupera el contexto de la producción cultural de una época que incluye el presente. ¿No podría ser este un protocolo aplicable y deseable a la constitución de un medio de comunicación, de un flujo de sentido que aguarda la forma que la época quiera darle, sea un edificio, sea una plataforma de Internet, sea un flujo de producción audiovisual realizada en conjunto por un colectivo social, una universidad, un grupo de investigadores, de trabajadores, etc.? Un sitio físico o virtual en el que se aglutinen

reconfigurar y transplantar en nuevas tramas las producciones presentes, desplazarlas de su origen y hacerlas vivir en el tejido social, entre otras voces, en relación a otros tiempos.

Hay aquí un espacio que se abre como posibilidad para pensar en un nuevo alcance del concepto de medio: reconcentrarse aún más en poner en relación lo diverso, el espacio común, lo público, las formas culturales, los deseos colectivos, los rituales de identidad, las expectativas educativas, las necesidades sociales, las propias posibilidades que desde el lenguaje audiovisual no fueron explotadas en la televisión como medio. Una lista de funcio-

El traductor de la época

da algún atributo que, desde el presente, nos importe en función de la construcción de un espacio común de comunicación, encuentro y participación. ¿Cómo topamos en los flujos visuales que nos rodean con aquello que no buscamos, que no somos, que no sabemos, aquello que es distinto a nosotros mismos y que sin embargo forma con nosotros nuestra época? ¿Cómo formar parte de esa época, de su pensamiento, de sus conquistas, de sus debates si no accedemos a conexiones distintas a las que hacemos siendo uno o a lo sumo hablando entre pares?

Sabemos que se trata de dar el salto y pasar de la sociedad de la información a la sociedad de la ubicuidad, en la que ya no encontraremos emisores por un lado y receptores por otro. Sabemos que esto lo saben todos, no sólo los ex consumidores hoy devenidos productores de contenidos (de información, de imágenes, de música, de puro contacto), sino también los grandes emisores que, como la BBC creó *Create with the BBC*, una plataforma interactiva que invita a “crear con la BBC” y que permite, entre otras cosas, crear ringtons para teléfonos celulares, producir cortometrajes y compartirlos y componer y escuchar música, e incluso la Coca Cola que promueve cosas similares aplicadas a sus productos. Hablamos de la materia y del sentido que circula por las pantallas, no de sus plataformas, sus soportes. Hablamos de que lejos del lema, “anyone, anytime, anywhere” que promueve la igualdad a partir de la tecnología —cualquiera, en cualquier momento, en cualquier lugar, puede acceder al contenido que busca—, las fronteras existen, no sólo las físicas o las económicas, sino también las simbólicas que inhabilitan el acceso a zonas de la trama significativa que circula en cualquier espacio de producción de sentido.

Precisamente por esto, ni la televisión, ni los otros medios de comunicación, han producido una “homogeneización significativa”. Como dice Eliseo Verón: “Si esto hubiese ocurrido, nuestras sociedades no serían lo que son”. Precisamente porque los medios no son tan eficaces para crear colectivos identitarios ligados por un componente de orden simbólico, la gente que los recibe continúa teniendo respuestas impredecibles y creativas frente a ellos, los usa para encontrarle sentido a sus

tinguir lo digital, de lo conceptual, de aquello que atraviesa los distintos soportes, y a lo que queremos llegar, los medios. Y ver, en todo caso si “la televisión” o algunas de sus funciones comunicativas, aun cuando deje de existir bajo la forma en que nació y que todavía convive en alguna de sus capas con la que conocemos, traspasará las transformaciones tecnológicas y evolucionará hacia nuevas formas. En este caso, sería bueno que nos preguntáramos por la productividad significativa de un medio, en tanto agente de la semiosis social, que está destinado por estos mismos cambios a perder su vieja centralidad a favor de una nueva inteligibilidad común, más insular y compleja que nos obligará, a los que trabajemos en la comunicación, a oficiar de traductores de la diversidad y de organizadores de constelaciones de sentido que logren conectar imaginarios desterritorializados pero producidos en un entorno local.

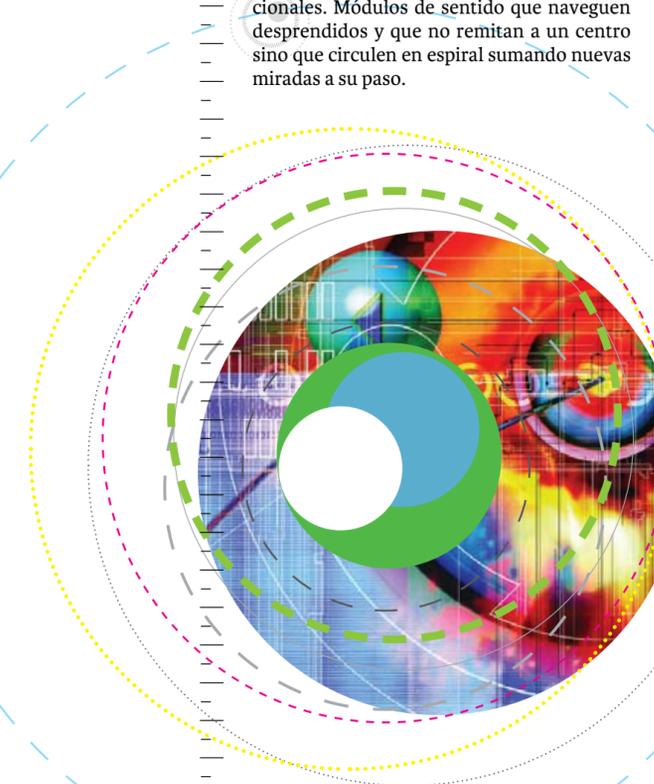
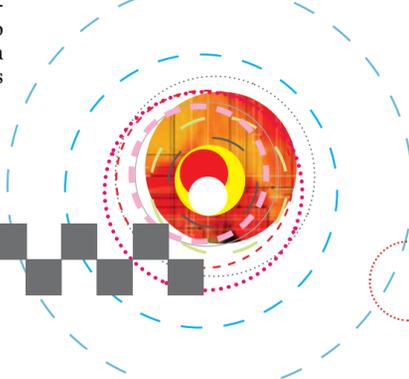
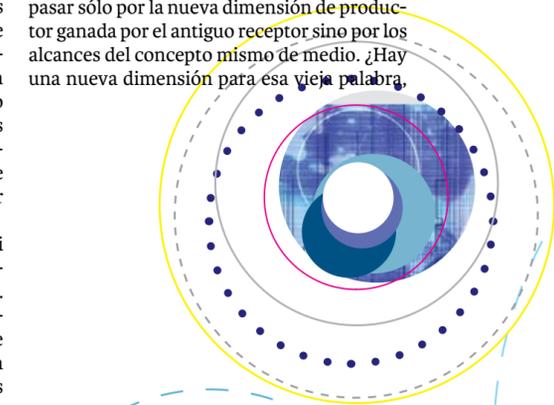
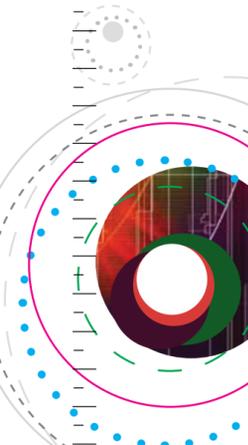
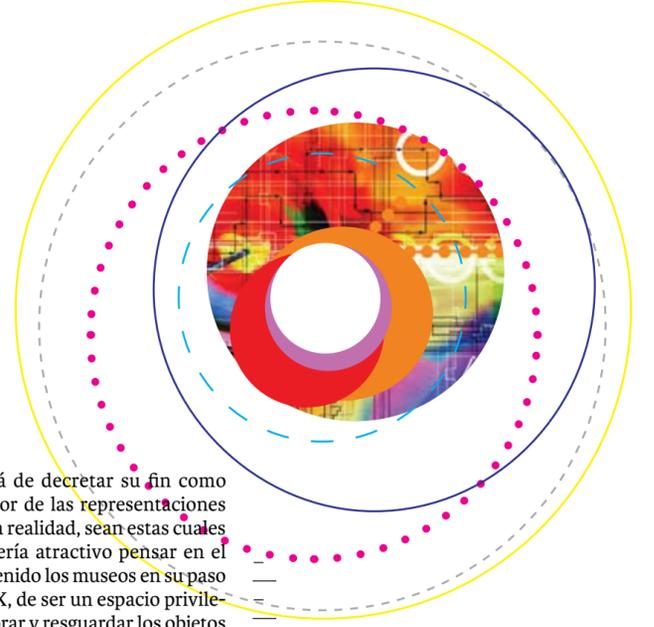
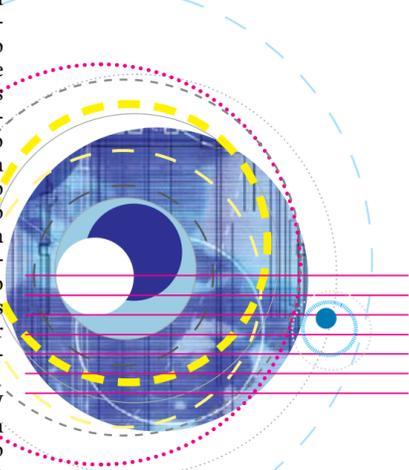
Cómo reclamar, contra las investigaciones que determinan que, frente a la expansión de las pantallas y a la circulación de la producción de los usuarios por ellas (tengan el soporte físico que tengan, teléfonos, computadoras, etc.), lo que va circular es un flujo que establecerá una relación diferente a la por nosotros conocida de emisor de un discurso a consumidor de ese discurso. Pero es interesante pensar que la diferencia no debería pasar sólo por la nueva dimensión de productor ganada por el antiguo receptor sino por los alcances del concepto mismo de medio. ¿Hay una nueva dimensión para esa vieja palabra,

o incluso se dispersen, es decir que circulen con un sentido, los discursos de la época; en definitiva, ¿estamos seguros de desprendernos de la idea de “medio”? Porque quizás se trate también de una nueva oportunidad para volver a pensar que ese “nuevo medio”, ese “museo” debe y puede trabajar para crear las condiciones de recepción de los discursos, y ser, ya no el emisor autorizado, la máquina especializada en organizar los signos dispersos del presente sino, el traductor de la época. ¿O acaso no aparece como natural esto mismo que decimos más arriba: el medio de los investigadores, el medio de los trabajadores? ¿Cómo atravesar entonces las comunidades de iguales que Internet promete afianzar?

Si Umberto Eco nos enseñó en 1983 que la televisión, por más que tratara de afirmar su existencia en un puro presente, no era ajena a la historia, y nomenclo sus orígenes “paleo televisión”, y su segundo momento, este que estamos dejando atrás como “neotelevisión”, cuando el medio pasa de ser una ventana a la realidad a hablar de sí mismo, ahora sabemos que es el momento de pensar que el medio está destinado a ser creado por los que antes fueron sus receptores, los destinatarios. “Los interpretantes básicos”, según los denomina Verón, el nuevo punto hacia el que es necesario enfocar cualquier planteo que busque

nes que se desdibujan cuando se enumeran, desde un paradigma tecnológico, como necesidad de información, de entretenimiento, de contacto que desde una visión más ligada a los procesos sociales o, incluso, a la posibilidad de experiencias artísticas que no utilicen a la televisión como soporte de transmisión de una obra sino como parte del hecho creativo.

Una figura utilizada tanto en el campo de la comunicación como en el de la publicidad (y habría que pensar el porqué de esa cercanía), y que circula para explicar cómo operan nuestros nuevos productores consumidores, son los “prosumers”, los destinatarios activos que generan sus propios mensajes. Sería un salto complejizar el patrón moldeado por el esquema tomado de la economía de producción y consumo por uno que no despoje a este nuevo sujeto de la función de interpretante (el concepto de semiosis social ya había dibujado ese triángulo pero pareciera que es necesario recordarlo y volver a colocarlo en toda producción, sea un chat, una canción, un video generado por un usuario), capaz de navegar por los signos de su tiempo y de observar allí junto con la producción, sus nuevas gramáticas, sus nuevos sentidos y contribuir desde los espacios de comunicación a ofrecer ya no grillas rígidas y estáticas sino módulos de sentido flexibles y sensibles que sean capaces de convivir en los más diversos flujos comunicacionales. Módulos de sentido que naveguen desprendidos y que no remitan a un centro sino que circulen en espiral sumando nuevas miradas a su paso.



Y jugaré mi

1930

[Rosario] Domingo 28 diciembre

Prometo escribir en ti más a menudo. Me suceden muchas cosas dignas de contarte.

Me divierto bastante, ¿por qué no digo mucho? Porque jamás lograré gozar lo suficiente para alejar este tedio que constituye mi gran enemigo de siempre.

Te saluda el loco Plá, el careta, el divertido, el cachador, el Garrick de una nueva poesía de dos almas.

Roger

1931

12 de marzo

Pero no es así: he visto tantos muchachos de mi edad que están convencidos de su talento. Tantos que piensan de sí mismos lo que yo pienso ora otrora de mí, que llegué a una conclusión. No es posible que el mundo esté formado solamente por genios. Debo, pues, acostumbrarme a la idea de que solo poseo una inteligencia vulgar.

Me doy risa yo mismo. Llegué a pensar en un tiempo ya algo distante —debo decirlo en mi honor— que tenía un lugar reservado en la posteridad. Y experimento la misma sensación de aquel payaso, que al contemplarse en el espejo, estalla en carcajadas, divertido por su mismo aspecto.

(...) Hace un tiempo que me burlo de mí mismo.

Mira libro: cuando un hombre se burla de sí mismo es que se vuelve viejo. Soy un

muchacho de 18 años y me estoy volviendo viejo.

5 de junio

Uno de esos momentos de imbecilidad mía, en la que también tengo algo de la angustia de Erdosain, fue aquel en que escribí aquello

“¡Cómo silban los vientos, amada!”...

¿Recuerdas?

¡Brrrr... qué días aquellos!

Domingo 5 de junio

Estuve releendo los libros estos. Estos “diarios” de mi vida. De mi “vidita” haría mejor en decir.

Tanto escribir y anhelar y soñar, imbécil de mí y ahora que tengo 20 años, la edad de las decisiones (así dice por ahí) me encuentro con el corazón vacío y el alma vieja.

Ya no escribo cuentos de amor. Odina es un mito. Irma una página vergonzosa de mi “affaire”.

Ahora pienso en Dios y en la Vida. ¿En qué puedo pensar si no?

Durante toda mi vida, pensé y me desvelé por lo que creía.

Ahora sólo me resta pensar en lo que no creo.

¡Pobre de mí! Fracasado en mis amores, fracasado en mis amistades, el día en que fracase en mis aspiraciones me pegaré un balazo.

Viví demasiado intensamente. Mentira. “Me hicieron” vivir demasiado intensamente.

Sin embargo, no ha naufragado todo.

(...)

Pero ya se acabará. Y jugaré mi carta brava. Es necesario que piense en mi vida.

Llevaré a Pescatore para que lo lea, un cuento. Lo llevaré a su casa, personalmente.

Si valgo algo, él me aconsejará. Entonces, es necesario, viviré solo.

Si fracaso también en esto, abandono los estudios, me hago un sinvergüenza, viviré del juego, de las mujeres y dentro de tres años me pegaré un balazo.

(...)

Lo dije una vez y lo repito: mi gran tragedia, se sintetiza en esto: “Tuve mil padres y no tuve ninguno.”

Sin embargo, me queda un gran consuelo. Es puramente estético.

Puede escribir de mi vida, muchas páginas interesantes.

Falta lo mejor. Eso será lo mejor que escriba antes de mi suicidio.

Nada me detiene. Soy como el manco de mi cuento.

Miércoles 6 de junio

Para evitar la risa fingí siempre.

¡Ea!... Basta ya. Rían o no, entraré a la conquista de mis sueños de artista.

Siento el artista dentro de mí. Lo siento como algo indefinible, inexpressable, que vive sepultado por mi estupidez misma.

1936

(sin fecha)

Es cierto que tengo 23 años, pero se ha ido la juventud, irremediadamente, y me ha dejado solo, extraordinariamente solo, en medio de este mundo inmenso que ni sabe mi dolor ni le interesa. Dolor de no sentir siquiera el dolor. Indiferencia ante la alegría y ante la angustia. ¿qué es esto? ¿qué es esto?. Estoy inhibido para el entusiasmo. ‘Nihil admirare’, no es una fórmula sino mi misma razón de ser. ¿Era esa la perfección del yo? ¿Esta inmovilidad, esta imperturbabilidad ante todo? Quisiera retornar a mis imperfecciones, a las contradicciones de antes, a las exaltaciones de tristeza y de alegría. Siento que la imperfección es la vida. Pensaba hoy, si no sería posible dejar al fin de pensar, sin necesidad de morir para eso. Pensaba si en realidad iba a poner un pie en la tumba cavilando, cavilando siempre. Y lo terrible es la sospecha de que todos mis monólogos, mis cavilaciones, no tienen ningún interés, no sirven para nada. Y pensaba en eso. Si pudiera publicar los pensamientos de mi soledad, las reflexiones mías y comunicarme así con el mundo, y ver que ese mundo me escucha porque siente también lo suyo en lo mío, ver que entonces todo esto sirve para algo, sirve para el prójimo, para los camaradas de hoy y de mañana, todo adquiriría un sentido. Y la vida sería posible. Y la soledad una buena compañera. Pero tengo miedo. En las revistas, que ni siquiera lo publiquen. En un libro, que pase como obra silenciosa, ignorada y que se muera también de soledad, junto conmigo, como tantas otras junto a tantos fracasados.

1936

Junio 23

No es posible vivir si nuestra vida no tiene una finalidad práctica. Siento que en ese reservarme para la literatura, concluiré por malograrme. No llevo publicado nada, y recién ahora he intentado hacerlo, después de aquel rechazo de “La victoria imposible”.

Mis problemas íntimos se tornan irresolubles. Siento que, o caigo en el engranaje de mi vida de siempre, o me libero. Tengo la sensación de estar traicionando mi personalidad. He podido ofrecer un trabajo a *La Nación*. Ese cuento, por supuesto, no es ni remotamente lo que yo hubiera querido hacer. ¿Hasta cuándo seguiré repudiando por la noche lo que hago por la mañana? En fin. Ya salió de mí. Que corra su destino. Es cierto que en mis circunstancias actuales, ese destino puede influir en el mío. No decisivamente, por cierto, pero sí en cuanto a su significación de aliento. Para mis condiciones potenciales de producción, la publicación de ese cuento, sería un elemento catalizador que precipitaría mi capacidad de trabajo. En cambio, su rechazo, vuelve a ponerme frente al silencio, a las puertas una vez más cerradas. Entonces surge la pregunta mala: ¿tendrá algún sentido esta vocación mía?

(...)

Se la opinión de Berni: ‘Pla puede llegar a ser, o malograrse. Está en ese dilema.’ ¿Por qué esa desproporción entre lo que quiero hacer y lo que hago? ¿Por qué ese llegar siempre tarde a mi intención? En verdad, no soy nada precoz. Y me había hecho a la idea de tener un talento a lo Rimbaud, a lo Lautréamont...

Agosto 11

Tengo en el coco una novela cuya realización me tiene entusiasmado, y de la que ya he escrito varios capítulos. Me falta el título ¡El título! ¡Gran puta ese maldito título que no puedo encontrarlo! Necesito que el título ese me de la expresión exacta de todo eso que voy a volcar en esos tipos que viven su vida real, de angustia pero de fuerza, de fracaso pero de afirmación viril, porque el triunfo está para todos, en el horizonte, como un sol que asciende.

1937

14 de junio

Ayer conversé extensamente con Mastronardi. Poeta de sensibilidad, apresado, sin embargo, dentro de esta característica mediocre de la intelectualidad argentina. Hablamos precisamente de esta poca categoría de nuestro arte, que parece pesar como una maldición en el platillo opuesto de nuestras posibilidades. Me habló de un artículo de Borges, a quien él conoce. Se expidió claramente sobre este asunto. Sin embargo, hay debajo de él una rara conformidad con esta baja jerarquía de la literatura argentina. He advertido que muchos



Durante quince años, antes de publicar mi primer libro, escritor rosarino Roger Pla llevó un diario inédito hasta el momento, en el que cuenta de su vocación literaria, las exigencias y la tensión que ambos mundos imponen. Este es el texto que sigue da cuenta de ese destino.

intelectuales, a pesar de nuestra insuficiencia literaria, la justifican y quedan consolados dentro de esa justificación. No puedo admitir que el justificativo encierre una solución. (...) Mastronardi es un provinciano cachaciento y solapado. Defiende la responsabilidad frente a la obra, en lo que respecta a su ejecución. Combate la precipitación en el trabajo, el apresuramiento por publicar. Frente a ellos, me siento en situación desairada. Yo, en realidad, soy el individuo “que no ha hecho nada”. No puedo mencionar ningún libro, y en detalle, a los 25 años, eso es en Buenos Aires todo un delito para el escritor.

(...)

Releyendo páginas de mi diario, abrigo algunas esperanzas sobre mí mismo. Algún sentido debe tener esta angustiada cavilación que ha sido mi vida íntegra.

1939

Tucumán, febrero

Desde mañana estudiaré Minerología. Necesito

sito refrescarme. No quiero hablar, escribir, leer, ni oír hablar de literatura por un tiempo. Hace unos días escribí un prólogo para Rivas. Será lo último. Necesito aquietar el razonamiento y volcarme a la novela, con menos exigencias autocríticas. Además, siento un empacho mental de cavilaciones y asuntos críticos en torno a la literatura. Escribo hoy a Sívori y dejo libre la confidencia. Una pregunta debe ser respondida ¿qué sucede en mí?

Ahora soy sentimentalmente feliz. Mejor dicho, humanamente, individualmente feliz. Pero eso que hay en nosotros de extrahumano, de ex individual, gravita en mí en torno a una desazón que me corroe el alma. No quiero pensar. No quiero razonar. El hombre inteligente que hay en mí, asesina poco a poco al sujeto sensible que se quedó en mi adolescencia. Y este último es el único capaz de escribir mi novela. Sí. Sucedió lo que preveía en aquel último poema:

“Mientras tanto, ese cerebro con mandíbulas masticará mi propio corazón...”

Comprendo: Habla en mi un tesoro dispuesto a ambicionarlo todo, a cuando debo darle el cobijo en

carta brava



Fotos: Gentileza Editorial Municipal de Rosario

publicar su primer libro, el un diario personal, totalmente que registró los pormenores de "la vida práctica" y la onían a sus días. La selección no artístico y vital.

1940

Febrero 1

He comenzado a releer *Los monederos falsos*, de Gide. Advierto desde las primeras páginas que la realización no está del todo independizada del propósito. He sentido, sin embargo, que debo concretar y revisar mi concepto de novela. Ese temor de Eduardo (Gide) de que su vida se separe de la literatura, es algo real, de positiva angustia. ¿Pero cuánto egoísmo hay en esto, cuánto deseo de consuelo personal, de placer propio? Si la literatura se aproxima a la vida en su totalidad, ¿qué importa que se aleje de la vida singular, íntima del novelista? Este es el problema. Y este problema es el que hace a la novela la forma más difícil del arte.

Esto ha hecho, por otra parte, que comprenda cómo mi creciente deseo de exteriorizar mi propia vida en la literatura ha hecho perder fuerzas a esa pasión por la presencia pura de las cosas y los hombres. Ese deseo de captar escenarios y de dar visualidad a la novela, ese feroz odio al relato en sí, ¿no me

conduce, en ocasiones, a un objetivismo del que se resiente en parte la novela? En *Los Robinsones* (título que probablemente sea el definitivo) los personajes devoran al autor, lo relegan a la trastienda de las cosas que pasan, y el autor resulta al fin el personaje más desdichado de la novela: aquel cuya vida no importa, cuya vida carece de interés, como no sea para servir de máquina proyectora de la vida de los otros.

¿Y no es acaso este el destino del novelista? No deja de tener belleza, pero está lleno de sacrificio y de amarguras. Sí. Habría que darle su propia expresión, algún día. Escribiré, alguna vez, la novela del novelista. (Destino achicado voluntariamente tras el destino de los otros. Humildad entre sombras).

En *Los Robinsones*, sin embargo, estaba el propósito de cristalizar mi pasado para des-embrazarme de él. Sobre todo, de ese nostalgia constante de la adolescencia. Pero advierto que no doy esa sensación con intensidad.

Sábado 24 – febrero

Amistad con Witold Gombrowicz, escritor polaco, detenido en Buenos Aires, por imposición de la guerra. Gombrowicz ha escrito un libro, en Cracovia, con reminiscencias de *Ubu roi* de Jarry. Sostiene su derecho a la inmadurez. "El hombre no debe ir hacia la cultura sino al revés. No tengo estilo, estoy entre los hombres, entre los estilos. No hablo a la Humanidad sino a un grupo de amigos. Me muevo entre antinomias, y así es mi estilo: contradictorio, antinómico, etc."

Su libro (he leído de él un cuento, traducido al francés y luego al castellano), una sátira violenta de la cultura universitaria, profesional. Paradójico, estilo caprichoso, etc.

"—Allí —dice Gombrowicz—, se deduce filosóficamente, que el funcionalismo derrota a la idea."

Como se ve, hay cosas coincidentes en la posición de Gombrowicz y la mía. Él está en lo intrascendente. Yo he llegado a lo trascendente a través de lo intrascendente. El está en reacción legítima contra lo "trascendental". Yo, a través de ello, he llegado a una nueva y auténtica trascendentalidad.

"—Usted y yo —dice él— nos diferenciamos, creo, en el signo aritmético de nuestra obra: usted quiere ser positivo. Yo no tengo signo."

He ahí el problema. Pero cuya máxima dificultad, estriba en eso: en el signo. Es fácil decir: tengo un signo. Lo difícil es saber dónde y cómo puede encontrarse.

Domingo 18 mayo

Pienso que jamás la literatura colmará todo lo que necesita expresarse en uno. La vida, vivida en impulso puro (la adolescencia, por ejemplo) es más eficaz que la literatura. He pensado a veces en escribir una novela. En forma tal que exista en ella sólo y exclusivamente mi personalidad. Podría ir escribiendo cada día mi propia vida, y eso me serviría de consuelo. Pero por otra parte, siento que la novela no es, no debería ser eso. Quizá haya en mí una necesidad de acción que hará crisis algún día (observar cómo la conferencia de Agosti, ayer, me dejó meditando sobre esto). Siento cosas demasiado difíciles de explicar, demasiado susceptible de inducir a engaño. Pero hay una cosa positiva: es la falta de vitalidad, de acción que encuentro en mi vida diaria. Yo me siento inducido a confesar esto.

(...)

Hay que temer la palabra definitiva. Hay que vivir más, y pensar menos. He aquí un hermoso aspecto de la posición de Gombrowicz: "No hablemos de literatura. Hablemos de la vida."

1942

Abril 9

Estoy solo, ahora, aquí. Son las diez de la noche. La nena duerme. Ha venido Aurorita y Mercedes se ha ido con ella al Teatro del Pueblo. Dan allí *Las alegres comadres*... Extraordinaria pieza. Shakespeare prueba que la grandeza no se consigue jamás a costa del sentido del humor. La alegría, esa fresca, incorruptible alegría! No hay que perderla nunca. Yo, que ahora estoy asistiendo aun a esta mutación que sigue operándose en mí, como en Ricardo, a esta nueva toma de conciencia ("cuando me he buscado a mí mismo me he encontrado en la Humanidad"), siento que estuve a punto de perder por ello mi alegría, mi fresca jovialidad, y me alegro de haberla salvado. Es curioso. Pero en estos seis años, tengo la sensación de haber vivido secuestrado. Ahora que he concluido ya mi novela (¿como la recibirán a ella? ¿qué le pasará?) vuelvo a ser yo mismo.

Domingo 17

Se de lo que sufro. De esta postergación, de esta espera. Como si el vivir estuviese relegado al momento de triunfar. Vivir, es sólo vivir en la atención de los demás, para mí. ¿La proverbial vanidad del escritor? Creo que no. Es que vivir, para el escritor, es *hacerse oír*. Ser escritor es lo que me falta, en sentido realizado, material. Este es el triunfo. Mientras tanto, sigo en potencia, en una postergación de mi vivir. Raro contacto, extraña consanguinidad que necesito, de la que tengo sed, ¿es sólo vanidad? No. Es justicia. Justicia a esa misma sed, a esa misma derrota de la soledad. Ser escritor, entonces, es ser hombre. Realizarse en una oscura pero lúcida identificación con el propio género, con la propia estirpe. Y darle forma y substancia a esa identificación, darle realidad, en la obra. Que aunque el lector no la acepte con lucidez sino son superficialidad, lo penetra sin embrago y lo envuelve. De la falta de esto es de lo que sufro. De la incertidumbre sobre mi primer libro, sin editor visible. Esta

es la broma y la tragedia. Vida sin realizar.

19 mayo

Creía que podía descansar de esa tensión que provoca la búsqueda de la única forma adecuada a cada idea, a cada tortura, en este cuaderno, puesto que este cuaderno —ahí debía pensar vagamente— no era para "publicar", no era "literatura".

Noviembre 21

Comprendo que este diario se me ha hecho repelente, quizá no tanto por el contenido —que al fin, la honestidad suele irrumpir, por suerte— sino por el lenguaje. ¡El estilo! "El estilo es el hombre." Sí. Y también puede ser el disfraz del hombre.

1943

Enero 7

Y se entra al arte, a la literatura, por la única puerta auténtica —la infancia— o por muchas "ventanas" posteriores (...) Sin embargo, llegar desde la infancia al arte, no significa que se sea por eso un artista hecho. Está claro que aún en una auténtica vocación, la *realización* es todo.

21 de Agosto

Hace frío. La pequeña estufa eléctrica se ha roto ya irremediamente. Las piernas parecen hundidas en un río de aire frío. Este escritorio está además demasiado desnudo. Los anaqueles de libros, el pequeño escritorio de pino, este sillón incómodo. Nada más. El resto de la casa, grande, vacía, helada. No sabe uno dónde meterse.

Y van así años. Esta falta de confort, esta falta de comodidades! Llega un día en que duele como una neuralgia. Creo que todo escritor, todo artista, llega a un instante en que experimenta una necesidad violenta de dinero. Primero, la juventud, al ardor de la obra que se está gestando, la obsesión de las propias ideas que tratan de formularse. Luego, parte de la obra hecha, bosquejadas ya parcialmente esas ideas; cumplido esa especie de escuela preparatoria que es la primera juventud, se vuelven los ojos en torno y se comprueba con asombro cómo se ha vivido cómo se vive: sin muebles, sin libros, sin vajillas, casi sin lugares donde sentarse cómodamente, donde reposar. Eso. A los treinta años, como quien ha cumplido ya una jornada, se sienten ganas de reposar, por un tiempo. Y se busca la butaca mullida donde sentarse, la casa con alfombras, música, estufa, licores y comodidad. Se necesita el viaje, el descanso, el campo o el mar. Y se experimenta una necesidad violenta de dinero. No ya del dinero inmediato de siempre, el del casero y de la deuda. Sino más aun: el del viaje y el del automóvil; el de la completa tranquilidad.

Es entonces cuando tantos pierden la línea. Pero estoy tranquilo. Porque es entonces cuando uno está ya en poder de su oficio y de sus fuerzas. Cuando se es ya demasiado maduro para que algo pueda deformarnos.

Domingo – Octubre 3

Soy ambicioso. ¡Qué ambicioso soy! Creía no serlo, pero siempre pensaba: "Luego de los 30 años, cuando vea claro en mí..." Y comprendo que con esto, yo, que creía no tener ambición, no hacía más que postergarla. Ahora, los treinta años cumplidos, cumplido también aquel vaticinio que me hacía esperar para esta época la sensación de mi fuerza, la ambición estalla con toda virulencia. Quiero que se me respete, que se me dé todo el dinero suficiente para ir de un lado a otro, para satisfacer toda mi necesidad de ver, de viajar, de no hacer nada, de trabajar. Y quiero que no sea preciso dejar nunca de hacer lo que se me da la gana para vivir. Sacrificios, los que yo me imponga. No los que me imponga una realidad estúpida. Y notoriedad. Que todo el mundo se resigne a mirarme de lejos. Que se resigne a no tenerme envidia, a no fastidiarme con sus estupideces: que es para lo único que sirve, me imagino, la notoriedad. Para que los demás, habituados al *slogan* de que uno es "grande", no lo molesten poniéndose por delante de la estúpida pretensión de que sus pequeñas ideuchas y sus pedanterías intelectuales puedan poner frente a uno en condiciones de igualdad. Y para eso hay que obligar al prójimo a que lo juzgen a uno por muy grande. Cosa difícil, si se piensa que estamos en la Argentina. Pero por la que pienso luchar, pues sólo dentro de ella veo mi pequeña porción de felicidad.

¡Qué ambicioso soy! Y sin embargo soy lo bastante pequeño como para no haber tenido, hasta hoy, el coraje de mi falta de humildad. Dudo, tiemblo a veces, y creo que no se exte-

tarrudo. Este obstinado está
vivir su excepcionalidad, aun
tra la pared.

rioriza mi soberbia. Soy orgulloso, y me da vergüenza que se exteriorice mi vanidad.

1944

20 enero

Soledad. Necesito ocasionalmente esta soledad física. Mercedes y las nenas han ido a lo de Aurora. Necesito sentirme vivir. Oír cómo corre el tiempo dentro de mí. ¿Hasta cuándo? Quisiera, al menos, hasta que sepa de qué modo puede dejar uno la vida, con qué rostro y qué pensamientos. Así, vacío, con esta ausencia de respuestas, sin saber a qué atenerme—si es esto una broma o si efectivamente hay algo aquí en la tierra (puesto que el cielo ha sido abandonado como una uña que se ha cortado uno quién sabe cuándo!) Recuerdo las palabras de Onetti: “¿Y por qué no ha de ser todo absurdo?” Puesto que todo es así, pidamos solamente juego limpio—fair play— como los ingleses.

Atardece. Voces de niños. No me siento cerca de mí. Un poco desdoblado, un poco flotando sobre mí mismo. Esta facultad de ser a veces buzo y a veces corcho—y en cada ocasión irremediamente una cosa o la otra—es, pienso, lo que hace posible la vida. Sin este frecuente flotar, quién sabe si este destino sería soportable. El error en que incurrimos cuando estamos inmersos en nuestro propio sino, es creer que la vida es solamente eso. La vida es también lo otro, es salir afuera, respirar! Pero esta certidumbre de que sólo en el fondo, como la perla, yace la respuesta, es lo que priva de toda durable felicidad a ese respirar.

No! No es la eternidad lo que me duele! Me duele mi fugacidad.

Mayo-19

Comprendo: Habita en mí un testarudo. Este obstinado está dispuesto a ambicionarlo todo, a vivir su excepcionalidad, aun cuando deba darse de cabeza contra la pared. Dejémosle. Es bueno incluso que esté allí, sordo y ciego a esta fatalidad histórica que pesa sobre el país que vive, y que ha de aplastarlo. (Le siento murmurar como un vasco: “no ha de aplastarme nada”) ¡Pero cuidado! No nos engañemos. No estoy dispuesto a seguir el camino de la “cultura” nacional: el de la mistificación.

Cuando ando por la calle, soy yo quien anda. Cuando trabajo en ensayos, prólogos para editoriales, gran cantidad de artículos para *El Mundo*, soy yo quien trabaja. Un hombre cuyo oficio es escribir. Un “escritor”... argentino. Cuando estoy frente a mi obra, entonces es el testarudo quien trabaja. ¡Que nada lo turbe! Ni siquiera le importa que dos más dos son cuatro si él resuelve que sean cinco. Será gracioso quizá verle romperse los cuernos contra el muro. Pero dejémosle. Su insensatez es mi única posibilidad genial.

Mayo 27

Qué gracioso—releo páginas de este diario—este afán mío por definirme, buscando inútilmente la frase imposible en la cual poder instalarme sin remordimientos y en confort. ¡Conmovedora puerilidad del propio egoísmo, del propio deseo de brillar, de la íntima petulancia de *saber!* Empiezo a reírme un poco: con salud, sin literatura. A reírme buenamente. Es el momento fecundo de la carcajada.

Mi próxima novela: esta carcajada.

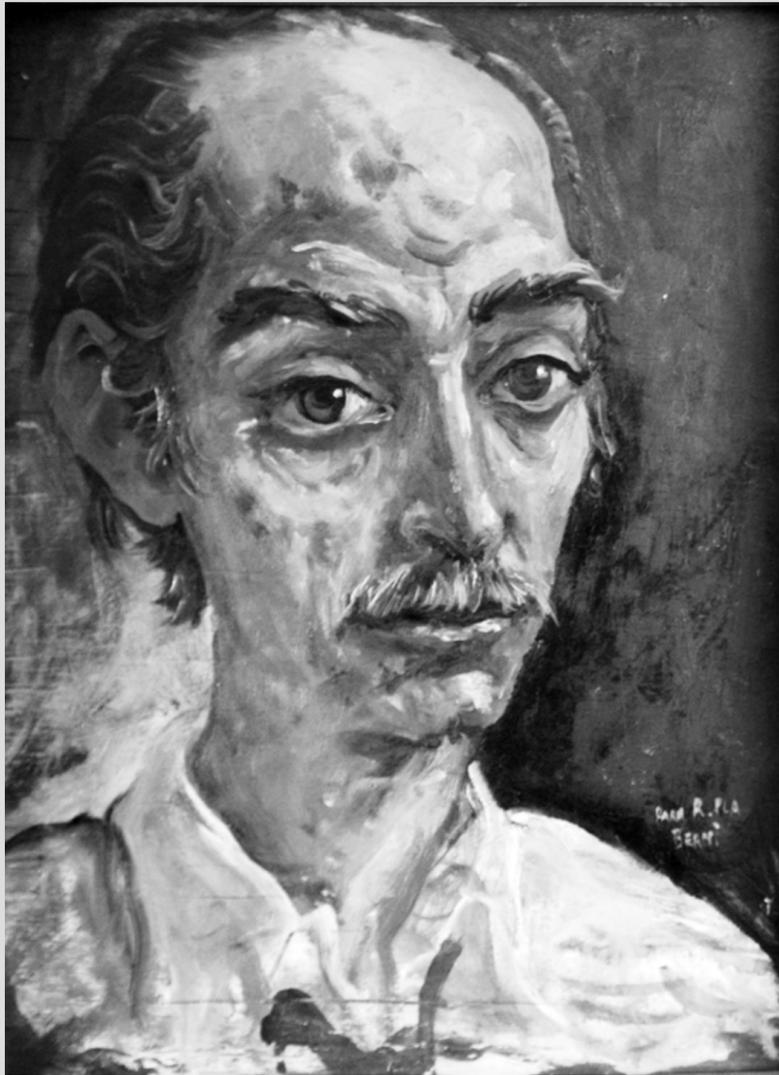
22 Noviembre

De todo lo que he escrito en mi vida, lo más falso, lo más mistificado, es mi diario. Y esto porque partía de un deseo simple y directo de sinceridad. La paradoja se explica porque sólo objetivándola consiente en salir de nosotros nuestra verdad. Y objetivar, es despersonalizar, más exactamente, ser impersonal. Prefiero llegar a lo hermético—pero reposado y sólido— que al fácil acceso, acceso de humo, de obstáculos formados por nubes de vapor. Odio tanto esas páginas discursivas, de lenguaje impreciso y emocional sobre mí mismo, que creo que terminaré por quemarlas. Es lo que haré. Y hasta cambiaré de cuaderno. Que no se asocie a esa expresión romántica y turbia ni la forma visual de las páginas en que escriba.

Más eficaz: Haré una selección de párrafos en este cuaderno y los trasladaré al que, en adelante, será no como hasta ahora desahogo fácil y emocional, sino ejercicio de estilo. En el fondo, todo esto es un problema de estilo—y de pereza—. De disciplina. He confundido siempre—aunque reflexivamente conociera el error—la anarquía del estilo con la libertad, la intemperancia verbal con la sinceridad. Al menos en mi vida práctica, de la que estos cuadernos forman parte. Mis trabajos literarios, en cambio, se han salvado, porque mi instinto estético—el gusto—me indujo a oponer esa restricción necesaria—*contrainte* de Gide que comparto incontestablemente—esa sujeción sin la cual no sólo hay estilo, sino ni siquiera verdad.

Roger Pla

Selección: A. C.



Los tres cuadernos

De los 18 a los 33 años, sólo con algunas interrupciones, Roger Pla llevó metódicamente un diario del que se conservan tres cuadernos: el primero va de noviembre de 1930 a diciembre de 1932; el segundo abarca el lapso comprendido entre noviembre de 1935 y febrero de 1942; y el tercero comienza en junio de 1943 y concluye en enero de 1945.

El período consignado en ellos—alrededor de quince años—comprende, según lo entiende el mismo Pla, tres etapas sucesivas de su vida: “la primera” y “la segunda juventud”, y la entrada a la madurez. Significativamente, es también el tiempo que le lleva a Pla concebir, escribir y publicar su primera novela, *Los Robinsones*, un proceso del que el diario, por momentos, hace un registro minucioso, casi obsesivo. También, en las últimas páginas del último de los cuadernos, se encuentra esbozado el proyecto de lo que veinte años más tarde será la obra más ambiciosa del escritor: *Intemperie*, la novela total, reeditada recientemente por la Editorial Municipal de Rosario y el CCPE/AECID.

Leídos en otro sentido, más acorde con las prerrogativas propias del género, los diarios de Pla dan cuenta de un proyecto de vida pensado como destino. O, si queremos decirlo con sus propias palabras, son el testimonio de una aspiración vital: llegar a “*ser un escritor*”. Una suerte de predestinación, de “vaticino”, que a Pla se le revela en la infancia y que, con el correr del tiempo, con terquedad y perseverancia, sabrá poner a salvo cada vez que lo asedie la duda, cada vez que se sienta acorralado por “la pregunta mala”: “¿tendrá algún sentido esta vocación mía?”.

Y es que a Pla le gusta pensarse como un hombre tensionado, “tironeado” entre dos términos contrapuestos, entre dos opciones que se enfrentan. En principio, y sobre todo, entre las exigencias de “la vida práctica”, esa limitada existencia de cada día ante la que a veces siente que desfallece, y las que le plantea la consumación de su obra. Pero también: entre una tendencia irrefrenable hacia la introspección y la percepción sensible y despreocupada del entorno; entre el esteticismo formal y el compromiso político; entre el prurito de la sinceridad y el peligro de una recaída en cualquier forma de mistificación.

En este último punto, es evidente en los cuadernos el esfuerzo de Pla por sustentar una “infatigable sinceridad”, un deseo de expresar su yo más íntimo, su “personalidad”, su “vida interior”, esfuerzo sostenido en el recurso a un tono profundamente confesional. Para Pla, se trata de escribir “en el arrebato de la propia intención”, de allí su lucha contra la impostura.

Por cierto, es este conflicto el que terminará por hacerlo abandonar, al menos por un tiempo, la escritura del diario. Cuando la exigencia de la forma, el interés por lograr un estilo, empiezan a dominar las entradas, Pla comienza a sospechar de sí mismo, de su honestidad. Siente que no cumple con una ley que tempranamente él mismo se impuso como diarista: “la expresión de la propia verdad sin control previo de las ideas y de las sensaciones, en un lenguaje directo”. Entonces es cuando deja de escribir sus cuadernos.

AnaLía Capdevila

Roger Pla nació en Rosario el 8 de octubre de 1912. Es el quinto hijo del matrimonio de Estrella Pla, una montevideana descendiente de catalanes y de su primo, Antonio Pla, un catalán oriundo de Lérida, anarquista y masón, que muere dos meses antes de su nacimiento. Hasta 1929 Roger vive en Rosario con su madre, sus hermanos y sus primos en casa de sus tíos, Miró y Carmen. Ese año, su hermano mayor, Cortés, que es quien se hace cargo de su educación a pedido de su madre, lo manda a Buenos Aires para que termine sus estudios secundarios. Al cabo de tres años, sin haberlos terminado, Roger regresa a Rosario, donde vivirá hasta 1936. Por esa época forma parte del grupo de la Mutualidad de Artistas Plásticos Rosarinos en el que participan además Antonio Berni, Leónidas Gambartes y Anselmo Piccoli, de quienes se hace muy amigo. Luego de la muerte de su madre, en 1936, regresa a Buenos Aires y comienza a trabajar en el ámbito del periodismo, donde se desempeñará como traductor, redactor, columnista, editor, crítico de arte, secretario de redacción, asesor editorial, director de colecciones y crítico literario. También será guionista de historietas y autor de biografías noveladas y de libros de autoayuda. En 1939 se casa con María de las Mercedes Casado, prima segunda por la rama materna, con quien tiene tres hijas. Luego de algunos años se instala con su familia en Ramos Mejía, donde vivirá casi hasta el final de su vida.

Entre sus obras literarias se cuentan: una obra de teatro, *Detrás del mueble* (1940); cinco novelas, *Los Robinsones* (1946), *El Duelo* (1951), *Paño verde* (1955, en su edición original, acompañada de tres cuentos), *Las brújulas muertas* (1964), *Intemperie* (1974) y *Los atributos* (1985, póstuma); y un libro de poemas, *Objetivaciones* (1982). También, con el seudónimo de Roger Ivnes, es autor de una novela policial, *La diosa de la venganza llora* (1954), que formó parte de la colección Séptimo Círculo con el título *El llanto de Némesis* (1975).

Entre sus obras de crítica de arte se pueden mencionar *Diderot y sus ideas sobre la pintura* (1943), y sus estudios sobre *Antonio Berni* (1945) y *Leónidas Gambartes* (1954). Como crítico literario, dirigió la primera edición de *Capítulo. Historia de la literatura argentina* del Centro Editor de América Latina (1967) y publicó, por la Biblioteca Vigil, *Proposiciones: novela nueva y narrativa argentina* (1969).

Murió el 28 de junio de 1982, víctima de un cáncer de pulmón.



Fotos: Matías Piccolo

Componiendo Don Bosco

El cronista, un verdadero vecino, camina y observa la fisonomía de su barrio en la ciudad de Rosario, con el fin último de trazar sus límites y descubrir la clave urbana que los sostenga. Los detalles surgen, así, a cada paso, y las calles y casas revelan cierta rara virtud topográfica que, más que establecer geografías da, al mundo familiar, buenas dosis de incertidumbre.

Matías Piccolo

A los trece días de otoño en 2009 sigue pasando el haz de sol después de ciento dieciocho años por el redondel en medio de aquel jopo de piedra. Me sorprende no haber visto antes esa fecha. Calculo los años ahora sobre la vereda, porque apenas fue con un vistazo alzando la cabeza que, mientras cruzaba calle Corrientes a la altura de Salta, vi los números estampados en la esquina allá arriba. 1891, esculpido de la misma piedra y enmarcado sobre el relieve de un rectángulo con dos charreteras a sus lados. Le digo jopo a ese promontorio con el que la balaustrada, que remata las dos plantas de la residencia de casas, pronuncia la esquina sureste de la manzana. Lo había notado otras veces: desde mi terraza, por ejemplo, me ha gustado mirar hacia ese peñón gris amarronado y húmedo, con el círculo calado en escorzo —y así se ve un óvalo— que, en medio del valle de los edificios y el serrucho de los balcones, materializa como un botón estético del tiempo.

Me quedo allí pensando en varias cosas. Trato de granarle al descubrimiento una relativa importancia en la tarea de la crónica. Pretendo que el hecho es relevante porque data, a la vista del circulante, la edad del barrio y una cierta conciencia de la historia de la ciudad.

En ese afán decido volver sobre mis pasos. Cruzo Corrientes en diagonal hacia la vereda par de Salta. Quiero cerciorarme de algo que ya he visto, pero que no registro ahora del todo bien. Es en una casa que debe ser algo *arnuvó*, donde funciona un centro de belleza, por no decir peluquería, y que está antes de la mitad de cuadra. Cuando ya estoy frente a ella alcanzo a leer sobre la tercera puerta, porque tiene tres ingresos, dos de la misma casa, planta alta y baja, supongo, y el tercero en pasillo al fondo, leo: “R. Araya. Ingeniero, 1913”.

Me digo que las casas viejas, por estética y resistencia, son, en definitiva, como la materia sustancial de la ciudad, la parte estructural y primigenia por donde se esparció, desde hace más o menos unos 120 años, la idea de su cuerpo. En el remate, que no sé cómo se llama y entonces le digo “jopo”, de un inmueble de viviendas del siglo XIX, decido el inicio de la crónica.

Se trata, en este caso, de una construcción horizontal de dos plantas para viviendas apareadas —generalmente han quedado en las esquinas— componiendo en la secuencia de su fachada un solo edificio que sube por calle Salta hasta el 1430 y por Corrientes baja hasta el 170. En definitiva, una de esas casas viejas, altas, de las que todavía hay en el centro de Rosario, pero en utilidad y por lo tanto, mantenida. Las plantas de abajo están ocupadas por garajes y negocios: una farmacia en la esquina, por Salta un restorán, por Corrientes un taller mecánico y encima una academia de danzas o lo que sea que haga mover los cuerpos a determinado ritmo y coreografía (me entero después que se trata del club argentino brasileño). Si cuento las puertas calculo que son ocho o diez viviendas independientes reunidas bajo la morfología de un mismo edificio. Con los usuales detalles de pilastras y bordes adornados, marcos, balcones livianos en herrería, aberturas con persianas de cuatro hojas articuladas de madera y buena carpintería en las puertas de ingreso.

Las clásicas y comunes casas viejas, de una y dos plantas, altas, que equivalen a tres y hasta quizá cuatro alturas de las de hoy. Hay muchas, similares, con sutiles diferencias en sus adornos y vestidos, pero estructuralmente parecidas, como la gente. En el centro están en evidencia, la disparidad morfológica de los tiempos constructores les hecha luz y, quizá en una determinada predisposición del paseante, las exalta. Están por todas partes, intermitentemente, resistiendo la reposición edilicia que han operado los tiempos inmobiliarios. Perma-

necen allí porque la cantidad de lo nuevo, todavía, no llegó a cubrir la generalidad de lo viejo. Y porque en algún aspecto, más allá de que su fisonomía hace al documento de la identidad histórica de la ciudad, siguen funcionando, con otras estrategias de uso, en el presente.

En algunas cuadras esta presencia se adensa más que en otras, y en el esfuerzo parcial por notarla exagero y digo que transito el “casco viejo de la ciudad”¹. Y esto no es más que el salpicado de construcciones con un promedio de 110 años que todavía funcionan y eran, en su mayoría, no edificios institucionales, sino casas particulares para viviendas y negocios. Pienso en que me gustaría formar cuadras y cuadras con una continuidad de todas estas casas similares². Más allá de un módico interés histórico, lo que me lleva a esa quimera agrupadora es la ilusión de una especie de armonía estética a la que le supongo una distinguida tranquilidad visual. En algún lado deberá estar el gran patio que las reúne a todas, como aquel dibujo del paradójico holandés.

NOTA: [Esto de “el casco viejo”, después de todo, no es tan exagerado porque a la torre de los ingleses con su reloj la inauguraron cuando nació la estación Rosario Central, en 1870. Recuerdo que unos dieciocho o veinte años atrás, cuando allí no había el “Distrito” ni el parque, le decíamos, a esa estación abandonada, “la ciudad del oeste”. Nos había quedado, a los que jugábamos por los baldíos y la barranca, el escenario precario de un western: porque había algo así como un palenque, unas puertas viejitas y un cartel que decía “tesorería”; al fondo, un vagón inválido y derruido. Ahora para jugar está la Isla de los Inventos, y se ha normalizado —desde hace más menos unos diecisiete años— en el Parque España, su escuela y Centro Cultural, el Paseo de la Diversidad, el Parque de las Colectividades. Es evidente que lo que más ha cambiado en esta parte de Rosario, más allá de la demolición y construcción monótona de viviendas apiladas que crecen para ver el río, el saneamiento de algunos espacios para loteo y el sentido de un par de calles (el tránsito subía por Salta y bajaba por Catamarca), es el favorecimiento de la zona de barranca y por lo tanto la tan mentada apertura de la ciudad al Paraná. Permanecen, eso sí, y ojalá que trabajando por no convertirse en tilingos locales de un nuevo “puerto madera”, los clubes de pesca con sus respectivos comedores y parrilleros de alquiler].

Con esas presencias edilicias y los números que tomo por fechas, remonto finalmente el camino hacia mi base. Sería hartamente favorable que los inmuebles tengan, como estos que he visto, la fecha de construcción en algún lado. Sin más investigación que un recorrido pormenorizado y cercano al muro urbano, uno podría de este modo informarse exactamente de las edades de lo edificado y hacerse un mapa de las densidades de lo nuevo y lo viejo. Pienso que no es lo mismo nominalizar para indicar, que datar. Podrían tener el dato de construcción, apenas el dato, en un zócalo de quince por doce centímetros, accesible para el que se interese. No carteles y anuncios de gran escala, nominalizando los paseos y recorridos en la empresa del cónclave turístico, sino escuetos mojones que, en la tarea de buscarlos, desplieguen el paisaje urbano en sus recovecos y la escala personal.

Mientras abro la puerta del domicilio maduro la idea de que registrar la fisonomía del barrio me dará, tiempo adelante y “crisis” mediante, el punto de referencia para ubicar la promesa de las inversiones edilicias más cerca de una especulación financiera creciente que de las necesidades urbanas básicas y patrimoniales del barrio y la ciudad.

Cuando ya estoy arriba lo primero que hago es llegarme al escritorio.

Componiendo Don Bosco



Busco la ordenanza N° 8.243/2008 del Consejo Municipal de la ciudad, que tengo a mano hace un tiempo y que entre otras cosas, reconoce:

“Que en el Código Urbano aprobado en la década del ‘60 y aun vigente, se plasmaron indicadores urbanísticos para una ciudad que supuestamente alcanzaría dos veces y media la cantidad de habitantes de lo que en realidad alcanzó, por lo cual se definió un régimen de altura y densidades de edificación fundadas en esa pretensión de crecimiento habitacional.

”Que no existió la capacidad económica suficiente para concretar los altos indicadores pautados en ese momento, por lo cual el proceso resultante de la aplicación de una norma que fomentó la construcción en altura sin contemplar la caracterización particular de cada sector de la ciudad, no ha dado un resultado satisfactorio, tanto en el centro de la ciudad —el cual se caracteriza hoy por un acentuado desorden y carencia de una imagen urbana armónica—, como en ciertas situaciones barriales.”

El “acentuado desorden y carencia de una imagen urbana armónica” es precisamente lo que no me permitirá ubicar una identidad física distintiva, por no decir arquitectónica, que me arroje la sensación de una morfología determinada para el barrio por donde me muevo. Pasará en todos lados, me digo. En cualquier ciudad que ingrese al problema funcional del crecimiento, cuya solución es casi siempre endógena y sustitutiva. En lugar de ser expansiva, extendida y desarrollada en la democratización del espacio, es vertical y concentrada, apilada, acumulada, lejos de la horizontalidad que tiende generalmente a la heterotopía y al desgobierno.

Cavilar en estas cosas me nubla algunas intenciones. Me aplasta la generalidad de la ciudad, su creciente *adn* global. Desde allí comprendo que debo hilvanar, contra el desapego y la indiferencia, las impresiones de mi experiencia como usuario y morador de una porción de la ciudad. Me doy ánimo con la idea peregrina de estar radiografiando un determinado territorio y que pertenezco a un equipo cuyos agentes están realizando la misma tarea por otras zonas y distritos para componer la imagen total de Rosario. Supongo que mi porción debería ser más o menos representativa de la fisonomía del centro.

Tengo, entonces, todo el plan decidido. Como investigador doméstico me conecto al InfoMapa de la Municipalidad y me imprimo las líneas catastrales 1-1-4 que se limitan a las manzanas comprendidas entre bulevar Oroño al oeste, calle Córdoba al sur, calle San Martín al este y la diagonal de la barranca sobre el río Paraná, al norte. Por lo tanto el trabajo de crónica y registro lo acomodo a un contorno construido por los recorridos y el parecer cotidiano del hábitat vecindario.

Entonces tendré que definir un perímetro particular para ganarle a la disipación y es así como me rindo al marco que hemos convenido en llamar “Don Bosco” a fuerza de ver repetido el nombre en un par de establecimientos: una panadería, una plazoleta, pero sobre todo bajo la influencia del colegio salesiano San José, preparador de técnicos electricistas, artesanos e imprenteros; obra de la congregación fundada por Juan Melchor Bosco Occhienna, el popular Don Bosco y santo patrón del cine. Me apoyo, para dictaminar la relevancia del patronazgo, en que en el circuito hay, o hubo, dos salas en las que se proyecta cine: la del edificio de la Asociación Médica, en la esquina sureste de la encrucijada que forman las calles España y Tucumán, donde funciona el Cineclub, y la del mismo colegio San José que ya

no exhibe películas, pero en una de esas, habrá que ver, es posible que todavía estén las butacas y la pantalla manteniendo, aunque mudas, el sueño del santo italiano.

Comprendo que esa porción impresa de ciento una manzanas excede lo que pretendo y entonces, como he decidido que el colegio San José es el foco relevante del barrio, tomo el compás y pivoteando desde su centro (es la manzana 24) trazo un círculo con un radio de unas cuatro manzanas para cada punto cardinal. Las tangentes de esa circunferencia son las calles Mitre, Balcarce y San Lorenzo y se trunca hacia el río con la diagonal que forman las avenidas Wheelwright y del Huerto. Sin embargo esa cantidad de cuadras que me entrega este nuevo módulo siguen sobrepasando la idea de lo que supongo es “Don Bosco”.

Resuelvo finalmente que la zona o vecindario, o sub-barrio, o el contorno, como más me gusta decir ahora porque quiero apurarle una materialidad a su silueta, tiene sus precisiones espaciales en mi subjetividad vecinal, pero apoyada en una cierta objetividad geográfica hecha de recorridos definidos por las utilidades de los servicios y suministros. Es cierto que los supermercados, hay cinco en la zona, han tergiversado este sentir; pero el “verdadero vecino”, en su rutinario circular, usa las granjas, despensas y pequeños negocios del lugar.

[NOTA: Nos han acusado de no ser verdaderos vecinos porque no vieron entrar seguido a los supermercados. Avergonzados, concedemos el cargo, pero cuando se trata de verdulería, carnicería y panadería, por calidad, no usamos los servicios del súper].

Dibujando sobre el mapa recorridos y puntos de interés reconozco





algunos indicadores y se me vienen a la mente dos presencias nominales: una más general y cristiana, o católica, y otra británica. Para la primera contamos con el establecimiento de la Mutual de Cristiana Ayuda, la Parroquia María Auxiliadora y el colegio San José, la Asociación Cristiana de Jóvenes, el colegio Adoratrices. Para la inglesa, cuyo gen fue el ferrocarril Estación Rosario Central, el sanatorio Británico, el Colegio San Bartolomé, y la Iglesia Anglicana de Paraguay y Urquiza, donde al lado funcionó, en sus principios, el colegio del mismo nombre. Incluso, donde ahora está emplazado el San José, allá por el año 1867 tuvo su primera sede el club que hoy se conoce como Atlético del Rosario, o Plaza Jewell, y que por aquel entonces se llamaba Rosario Cricket Club, fundado por los ingleses ocupados en la construcción de la estación de trenes.

En definitiva, el Don Bosco que me propongo iluminar, tiene sus líneas más promisorias en la forma de un abanico que se abre inclinado un tanto al noroeste, y toma el Parque España y se extiende un poco por el de Las Colectividades. Sus culminaciones son la Plaza Guernica al este y la plazoleta Principado de Asturias al noroeste. El centro y vértice, claro, es el gran edificio manzanal del San José. Ese abanico, pero en menor medida, también se abre hacia el oeste y al sur, y se deshilacha hacia el sureste; pero siempre más retraído en esta su segunda abertura. Los límites al oeste son el nudo de las calles Salta y Dorrego; allí la construcción de referencia visual más relevante es la cúpula escamosa del edificio de la Mutual de Cristiana Ayuda Familiar, que es como de un color entre dorado, ocre y verde (ahora que no la veo tengo esos tonos de referencia, pero ya registraré).

En realidad hago llegar hasta ahí el contorno porque en ese cruce están la Bifernina, panadería que utilizo más que nada los fines de

semana, y la carnicería, la mejor que he encontrado en estos años (porque para uno como yo, que es gran carnívoro, pero vago y por lo tanto con mal ojo para cocinero, se le hace difícil elegir bien el animal, y estos buenos carniceros, ante la ignorancia, jamás me han defraudado. Tienen buena carne y punto). Bueno, desde allí y barriendo por el sur, sigo delimitando el contorno y pongo otro hito en Italia y Catamarca: Gorostazu (allí cultivamos el chop y el tremendo sánduche de tortilla y panceta). Más allá de él, subiendo por Italia o por Catamarca, Don Bosco va desapareciendo. Si bajo hacia el este y subo por España puedo decir que en la Asociación Médica hay una cierta presencia del barrio, está el Cineclub y tiene un cajero automático, que junto con el del Distrito Centro y el del Banco de Entre Ríos, que queda por Corrientes entra Catamarca y Tucumán, es el más cercano de la zona. Más al sur y al este se diluye. Pero puedo también anotar que con el bar de Roca y Urquiza, si vuelvo bajando por Roca, siento que estoy entrando al barrio; lo mismo me ocurre en Urquiza y Paraguay, donde está en la esquina la Iglesia Anglicana; pero al revés, subiendo por la senda guaraní experimento que esa construcción es la puerta por donde salgo y dejo atrás el contorno hacia el centro general.

Entonces sobre el mapa voy dibujando líneas que simulan el móvil de mi persona yendo por esas calles. Pero no es del todo afinado el recorrido y el proyecto buenamente se confunde y banaliza. Agobiados los dibujos por las particiones, índices y exclusiones, se me va perfilando finalmente en el damero una silueta aberrante que casi con desdén quiere manipular el desvarío.

[NOTA: A la noche me duermo tratando de retener unas precisiones de Walter Benjamin. Anunciaba, ya en 1936, que resultaba cada vez

más raro encontrar a alguien que pudiese narrar algo con probidad, que la facultad de intercambiar experiencias estaba en retirada. Tengo que buscar ese texto sobre el narrador con los orígenes en el marino mercante y el campesino sedentario... el sesgo hacia lo práctico de una sólida narración. El sueño llegó acosándome con las evidencias de que esas coordenadas indicaban los lugares donde a floraban mis carencias.]

- 1 La mayor densidad en edificios viejos, digamos hasta 1930, están en la zona del micro y macro centro. El río y los dos primeros bulevares hacia el sur y hacia el oeste. "Casco viejo" es más general también que "casco histórico". Este, puede sostenerse, se encuentra en torno a la plaza 25 de mayo, donde están los edificios representativos de la catedral, el correo, la municipalidad, el museo de arte decorativo, la bola de nieve, el gran palacete donde funcionaba Pami II.
- 2 Hay un estudio para Rosario del período 1880-1920 del doctor en Arquitectura Roberto de Gregorio. La casa criolla: popularmente llamada la casa chorizo, Nobuko, Buenos Aires, 2006. La apuesta del libro es que la densificación urbana de Rosario que comienza más o menos en ese período se dio con este tipo de casas, proyectadas no por profesionales o intelectuales de la construcción, sino por pequeños maestros albañiles y en práctica de la casa propia.

(Este fragmento es un adelanto del libro de Matías Piccolo *Contorno Don Bosco* que la Editorial Municipal de Rosario publicará próximamente.)

El autor nació en Rosario en 1974. Estudió Licenciatura en Letras y formó parte de la Revista de Investigaciones y Estudios Literarios (RIEL), colaboró en los suplementos de cultura de los diarios La Capital y El Ciudadano de Rosario. Actualmente vive en la ciudad.



«Mira cómo se unde»

por Eli Tolaretxipi

Poética

Eli Tolaretxipi

Comencé a escribir poesía porque lo que vivía por dentro no tenía nada que ver con lo que vivía por fuera. El poema sería ese punto entre los dos mundos, un hueco que deja pasar lo que hay en el exterior y después lo mezcla, lo mata, lo anima y lo expulsa, de una manera muy filtrada, muy exprimida. A veces lo hago en “prosa” y luego rompo la linealidad y recompongo con otro tipo de sintaxis o escribo lo que yo considero versos, o palabras con poca relación entre ellas y después me concentro en alguna, hurgo en ella. A veces uso diccionarios en español o en otros idiomas. Otras veces parto de imágenes, de sensaciones. No es fácil explicarlo. Como no es fácil saber cuándo un texto es un poema. Es más fácil reconocerlo en los otros.

Escribo porque si no la vida sería otra y lo hago aunque nadie vaya a mirar mi trabajo. Es algo muy físico y necesito hacer ese ejercicio. A veces copio o traduzco para no perder el ritmo de esa caligrafía, repito el gesto que es como dejarte raptar.

Escribir es arañarte con las paredes, caminar dando tumbos, a tientas, buscar el equilibrio mientras lo de abajo se mueve como las piedras sobre una tierra húmeda e inestable. Trato de permanecer lejos del ruido, del tópico, de la complacencia, del sentimiento, del didactismo, y trato de filtrar sólo lo que es importante en la vida del poema, que no puede separarse de su sentido. Y también intento tener presente lo que han dicho otros poetas acerca de la poesía. La atención, la paciencia, la violencia de Olvido García Valdés; la tensión, la contención, la severidad de Hanni Ossott.

San Sebastián, julio de 2009

—¿Encontró placer usted en la posesión?
—No. Pero volviendo a lo primero: leía de todo.

Roberto Arlt

De Amor muerto – naturaleza muerta (1999):

I
En la ciudad D
mi amiga S
me lleva a una galería de arte
en la que hay una roca
del tamaño de la cabeza de un animal mediano
que sobresale de la pared,
inclinada hacia un cuenco
del cual podría beber
si la cabeza fuera, por ejemplo,
de leona
que aburrída de amamantar
se toma un respiro y bebe.

Nada de esto importaría
si no fuera porque mi amiga S
me ha traído a ver
unas alas que ella misma ha construido.
En el aire dibujan algo parecido a
una mariposa
que planea desde la parte alta de la sala
de espaldas al observador.
Importa el hecho de que mi amiga S
haya construido las alas para mí,
que vaya a ser yo la mariposa
que me quede un solo día
para decirle que ya no;
que deseo
llevarme a la leona a casa
y llenarle el cuenco con leche de verdad.

III
Dice que me va a vaciar.
Me venda el pecho con paños blancos
empapados en pintura pastosa
y vigila desde el espejo
esa corteza que me va saliendo:
la superficie
porosa y abultada,
la piel que tomará
el ejército de mujeres
que surja de este molde
cuando yo me haya convertido
en su falta de inspiración.

Me endurezco
y me parto
si trato de escribir.

Ahora, por ejemplo, tengo
una emergencia
emocional,
y de nada me sirven
una servilleta sucia,
un cuchillo con restos de
queso.

IV
Mi vestido es de hierro y latón.
Aquí, encogida en la circunstancia
vivo
por la curiosidad de los libros
que ella va dejando abiertos
por el asco de las uvas y los tubos de crema,
perdida la cabeza por rincones que nadie barre,
para el sabor de las almejas retorcidas
bajo mi aliento de vino.
Estoy aquí,
pecho abultado, caderas curvas
y ella no sabe de Troya y su caballo
y eso la va a perder.

De Mira cómo se hunde (2009):

XIV
Plan general, ordenanzas, etc. Extractos.
Mandar borrar fábricas, caseríos, burdel.
Hacer desaparecer olores: jabón, cerveza, chocolate, tabaco.
Construir barrio sobre hediondez de acequia, marismas, arenal, sangre de toro y caballos, patos, desorden, vidas como
bicicletas robadas.
No derribar luna creciente victoriana donde antiguos obreros. Restaurar. Chic. Rentable.
Disimular belleza alborotada de hangares.
Desafectar. Recalificar. Viajar. Copiar.
Simular ilusión, confort.
Abrir sucursal comedor cocinero X.
Preferible O que Y griega.
Borrar algunas figuras del paisaje.
Contar número de espectadores.
No importa naturaleza espectáculo.
Desfilemos.

XV

Interesa la desorientación. No entender la estancia que conecta los mundos. Significados montados los unos sobre los otros como en pared con gruesa capa de afiches. No romperse arañando. Desconocer el origen. Confundir. Tapar. Dejar de inventariar. De registrar. Donde el burdel, casas intermedias. Al otro lado de la autopista, el riachuelo se adentra en la maleza, charcas de rana protegida, lechuga protegida, carne de vaca protegida, carrocías, todo lo que se puede hacer con un poco de leche, tornillos y madera. Las peores vibraciones de la ciudad. El nuevo burdel bunkerizado. El taxista atento al contador mientras la muchacha no puede con la maleta que arrastra y otra la despide. Trata de blancas, trata de negras. Tráfico de hombres apresurados. Pistas de tenis, caballerizas, abandonadas. Uno de los pocos caminos para salir a pie de la ciudad. Pendiente que se precipita al fondo.

De Los lazos del número (2003):

Parte I - Tres

para Ángela Bonadies

A
Es un pasaje estrecho
entre dos ojos
una franja poblada
de árboles altísimos
y copas con monos asomados.
Chupo mi dedo
y lo paso por ahí,
entre los ojos semicerrados.
Luego beso la boca,
que en sueños ha dicho “tres”.

B
Yo estoy ahí
cuando en sueños dice
tres y despierta.
También cuando vuelve a quedarse dormida.
Cuando me muestra las fotos:
la de su madre; la de su padre delante
de una máquina de museo.
Detrás de las palmeras
ella habita ya dentro de la mujer alta.
En las ramas, en las hojas lisas.
Quién sabe si la busco
mientras camino por el borde
en sentido contrario
en el sentido contrario del desconocimiento.

C
Cercada por una luz que desprende
está la calle.
Están sus piernas
sobre unos zapatos negros de piel:
son italianos, dice.
Dos gatos, y luego otro, tres.
Cuál será la clave:
escribir como en la Biblia de los sueños.
Registrar.
Ver hacia dentro.
Ser inocente.
Sus palabras y sus gestos lo son.
El poema no.
En el poema todo se detiene
y es parco.
Ni siquiera analiza.
Vive. Y en él,
un discurso roto.
El tres —bello—
indescifrable.

Parte II

I Black Coffee

El texto se hace
con cada lectura. Su voz
se hunde. A veces se filtra como
un derrame capilar sobre
una mano blanca o bajo el pómulo de una
mujer indiferente.
Los suyos no tienen marcas
y están pegados al hueso: suben y bajan. Ahora
describen una espera.
El tiempo, desmedido, se frunce
alrededor de los ojos cuando
toma una bocanada del cigarrillo a
punto de consumirse
y su mano enciende otro.
El tiempo, liso y abierto, se riza entre
sus zancañas y las ondas de humo
enredadas con el olor
de todas las víspersas y el recuerdo de
un leve aliento a café
negro y amargo.

para Arantxa Azurza

—Transatlántico.

Periódico de arte, cultura y desarrollo del Centro Cultural Parque de España / AECID, Sarmiento y río Paraná, (2000) Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina.
Teléfonos: (+54 341) 4260941 y 4402724
Correo electrónico: t@ccpe.org.ar
Sitio web: www.ccpe.org.ar

Consejo editorial: Martín Prieto, Pedro Cantini, Cecilia Vallina, Nora Avaro.

Lectura final y corrección: Gastón D. Bozzano.

Secretaria de redacción: Nora Avaro.

Diseño: Pablo Cosgaya, Marcela Romero.

Impresión: Cooperativa Gráfica Patricios.

Con el apoyo de:

CCEBA Centro Cultural de España en Buenos Aires

MR MUNICIPALIDAD DE ROSARIO

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN **aecid**

CCPE **AECID**
Centro Cultural Parque de España

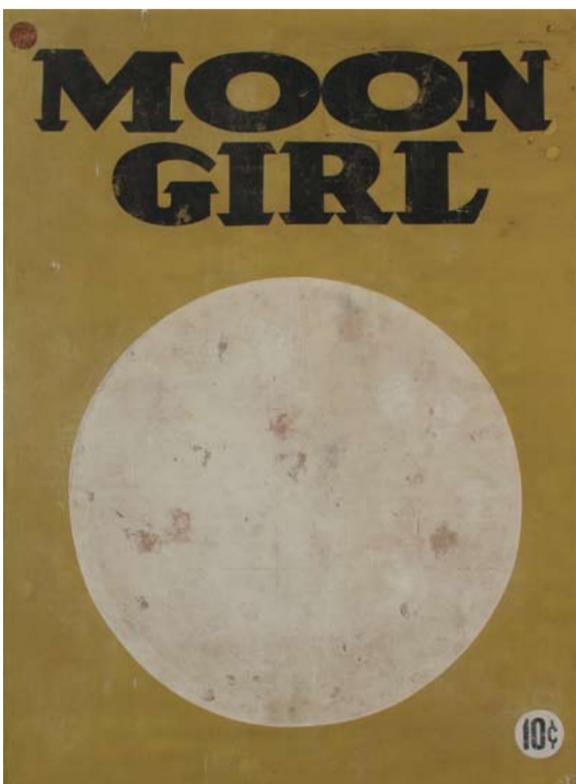
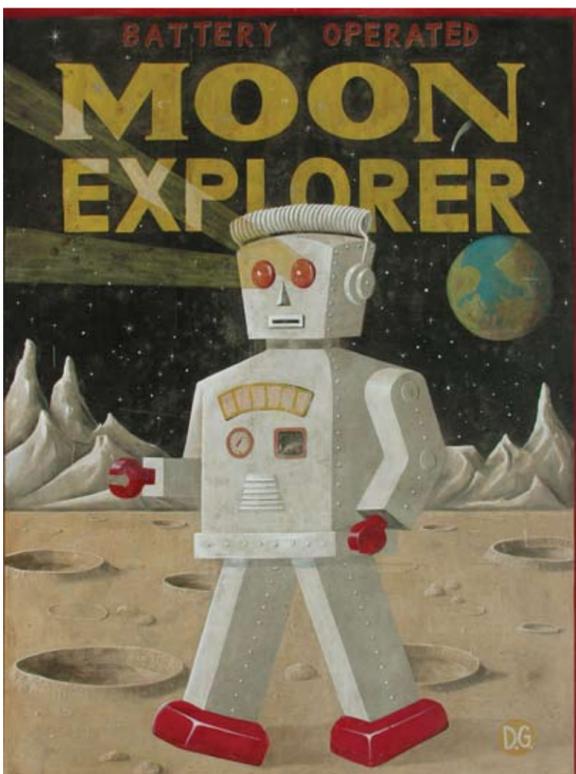
La columna del director

Martín Prieto

En el primer capítulo del *Facundo*, Sarmiento anota que un rasgo notable de la fisonomía de este país es “la aglomeración de ríos navegables que al Este se dan cita de todos los rumbos del horizonte para reunirse en el Plata”. Pero, sigue Sarmiento, esos inmensos canales excavados por la solícita mano de la naturaleza, “no introducen cambio ninguno en las costumbres nacionales” debido a que el hijo de los aventureros españoles se considera aprisionado en los estrechos límites de un bote o de una lancha y el gaucho, por su parte, desdén el favor más grande que la providencia depara a un pueblo, de modo tal que la navegación de los ríos es un elemento muerto, inexplorado: “Desde el Plata remontan aguas arriba algunas navecillas tripuladas por italianos y carcamanes; pero el movimiento sube unas cuantas leguas y cesa casi de todo punto”. Poco se ha modificado el escenario en los últimos 164 años. Nuestra misma ciudad encontró siempre en el río Paraná no una vía de comunicación sino un límite con la provincia de Entre Ríos y sólo la creación —sobre el río— de una vía terrestre, el puente Rosario-Victoria, activó el contacto —comercial, amoroso— entre la ciudad y la provincia vecina. Y el tránsito fluvial hacia las islas de enfrente —menos de un kilómetro de agua zaina, apetrolada—, descontadas esas esporádicas imágenes de los pescadores sobre sus botes o canoas, que parecen la torpe representación realista de alguna de las extraordinarias canciones de Chacho Muller es, sobre todo, deportivo —los jóvenes de Alberdi montados en sus kayaks, los más avezados nadadores moldeando estilo y músculos braceando contra corriente para poder llegar a destino en línea lo más recta posible—, recreativo rico —yates, veleros, lan-

chas con motores de cientos de caballos—, y recreativo pobre —más botes, más canoas, lanchitas con motor fuera de borda—. Eso, en un sentido transversal: de oeste a este. Y en un sentido longitudinal, desde, digamos, el puerto de Santa Fe en el límite norte y el de Buenos Aires en el sur, los enormes transatlánticos con banderas de Oriente que subiendo vacíos y bajando cargados de granos de soja dan una imagen confusa todavía de una recidiva de eso que se llamó una vez “el granero del mundo”: tanto entonces como ahora, lo nuevo supone, entre muchas otras cosas, una revolución cultural —y “revolución”, esta vez, describe, no califica—.

El barco que zarpará el lunes 8 de marzo de 2010 del puerto de Buenos Aires con destino a Asunción del Paraguay y paradas previstas en los puertos de San Pedro, Rosario, Santa Fe, La Paz, Goya, Corrientes, Pilar y Formosa, retoma, como señala Graciela Silvestri en nuestra nota de tapa, la tradición de las viejas expediciones culturales y científicas. Como en esa tradición, la tripulación del barco deberá tener un ojo clavado en el pasado —para dar testimonio de eso que está dejando de ser— y uno en el futuro —para, a partir de la interpretación de ese pasado, poder imaginar qué de todo eso quedará activo o inactivo en la construcción de lo que todavía no es—. Pero para que esos dos ojos puedan ver todo lo que tienen que ver, el barco deberá ir lento y los expedicionarios deberán tener, menos la ambición maximalista y moderna del conjunto, que la precaución por el detalle. Como en ese poema de Juan L. Ortiz, “Entre Diamante y Paraná”, en el que el poeta “distráido” por una nube, o por unos pasajes de trigo, o por los restos de un perrito atropellado al costado del camino, parece no avanzar nunca en el trayecto ni en el relato, aunque el poema entero dé, al final, una figura del viaje que presenta, como en un símbolo elusivo, una totalidad.



Daniel García

De arriba hacia abajo: *Bandido* (2007) Acrílico sobre lienzo, 200 x 150 cm. *Moon Explorer* (2009) Acrílico sobre lienzo, 200 x 150 cm. *Tanto tiempo sin verte* (2008) Acrílico sobre lienzo, 97 x 143 cm. La muestra permanecerá en Galerías hasta